

# Reseñas

José CHABÁS; Bernard R. GOLDSTEIN. *Astronomy in the Iberian Peninsula: Abraham Zacut and the transition from manuscript to print*, Philadelphia, Transactions of the American Philosophical Society, Vol. 90/2, 2000.

Nos encontramos ante otro excelente producto de la fructífera colaboración entre José Chabás (Universitat Pompeu Fabra de Barcelona) y Bernard R. Goldstein (University of Pittsburg) en el campo histórico de la tradición astronómica en la Península Ibérica. Se trata de un análisis de la astronomía del judío salmantino Abraham Zacuto (1452-1515), de sus fuentes e influencias. Para ello los autores han manejado textos medievales en muy distintas lenguas (castellano, catalán, portugués, latín, hebreo y árabe).

En este libro, Chabás y Goldstein completan y ponen al día la biografía de Zacuto. Se trata de un ejercicio interesante no sólo por los datos nuevos que aportan sino principalmente por los datos antiguos que cuestionan, algunos referentes a hechos fundamentales de la vida de Zacuto, transmitidos por sus diversos biógrafos sin que existan pruebas que los apoyen.

Los autores dudan, a mi entender con razón, de la supuesta participación de Zacuto en el desarrollo de la navegación portuguesa, que tanta importancia tuvo en la época de los descubrimientos, ya que Zacuto era astrónomo, no navegante, y jamás vivió cerca del mar hasta su llegada a Portugal. Quizás su relación con Diego Ortiz, experto en temas náuticos además de astrónomo, tenga algo que ver con esta adscripción. También ponen en duda sus relaciones, como alumno o profesor, con la Universidad de Salamanca, u otras universidades de la Península. Aunque sea una relación poco probable, es evidente que sí estaba al tanto de los estudios astronómicos que se llevaban a cabo en esa Universidad.

Los autores se cuestionan también otros aspectos que, a mi modo de ver, quizás no quedan del todo justificados. En concreto, dudan de la posibilidad de que Zacuto dedicara su *Almanach Perpetuum* a un dignatario eclesiástico de Salamanca, cuyo nombre no se menciona, debido a la extrema similitud de la dedicatoria de esta obra y la de las *Tabulae Directionum* de Regiomontano, que se dedica al arzobispo János Vitez (m. 1472). De esta similitud deducen que la dedicatoria habría sido copiada por Vizinho, compilador del *Almanach*, y que Zacuto y el eclesiástico, identificado por Cantera como Gonzalo de

Vivero, obispo de Salamanca, no se conocían. Aún dando por hecho que Vizinho copiara la dedicatoria, esto no implica, a mi entender, que Zacuto y el obispo no se conocieran. Por otra parte, quizás, más que de una copia, podría tratarse de una adaptación, conocedor Vizinho de la relación entre Zacuto y el obispo de Salamanca Gonzalo de Vivero. Una relación que, en mayor o menor grado, al parecer sí existió, pues el obispo cita en su testamento a un judío, astrólogo, autor de unas tablas astronómicas, llamado Abraham, que por ahora parece difícil identificar con otro personaje que no sea Abraham Zacuto. No conocemos más judíos autores de tablas en la Salamanca de la época y, de haberlo, tendría que haberse llamado también Abraham. El apelativo de astrólogo parece usual para un personaje, sea quien sea, con intereses en el campo de la astronomía. El propio Zacuto se llama a sí mismo astrólogo en la dedicatoria del *Tratado breve en las ynfluencias del cielo* dirigida a su patrón Juan de Zúñiga y Pimentel. Sin embargo, lo que parece dar más motivos a esta identificación es que en el tratadito *De los eclipses del sol y la luna*, también dedicado a Zúñiga, Zacuto se llama a sí mismo «Rabbi Abraham astrólogo de Salamanca», y en una carta del rey João de Portugal, en la que manda que le paguen una cierta cantidad de dinero por algún servicio prestado, aparece como Abraão estrolico, lo que demuestra que era conocido por Abraham simplemente sin necesidad de añadir Zacuto, probablemente por que ello no daba pie a posibles confusiones. Por otra parte, el hecho de que el año 1478 corresponda a la fecha de composición del *Almanach Perpetuum*, o por lo menos de las tablas, explicaría el supuesto anacronismo de publicar una obra en 1496 —lo que no significa que no existieran manuscritos anteriores— dedicada a un arzobispo muerto en 1480. El mismo anacronismo que se arguye en el caso de Zacuto podría también atribuirse a la dedicatoria de Regiomontano, pues la composición es del 1467, la fecha de impresión es el 1490 y el arzobispo murió en el 1472.

Hay en el libro un capítulo introductorio también sustancial, titulado «Situando la escena», en el que se presenta la tradición de los almanaques, o conjuntos de tablas que ofrecen las posiciones planetarias para intervalos determinados dentro del periodo de recurrencia de cada planeta. Esta tradición que tiene sus orígenes en Babilonia llega a la Península Ibérica, donde empieza con Azarquiel y culmina precisamente con Zacuto.

En este capítulo, como parte también de la «escena», se analiza la relación de las *Tablas Alfonsíes* y las *Tabulae Verificatae* con Salamanca. De hecho, una apreciación interesante es que, a parte de algunas alusiones anteriores, la primera prueba del uso en la Península Ibérica de las *Tablas Alfonsíes*, calculadas en Castilla en el siglo XIII, se fecha, sorprendentemente, en Salamanca en

el año 1460, donde fueron reintroducidas por Nicolás Polonio, el primer catedrático de Astronomía de esta Universidad. Polonio, al parecer, se trajo una adaptación para Cracovia del 1449, que a su vez adaptó como *Tabulae Resolutae* al meridiano de Salamanca. En cuanto a las segundas, Chabás y Goldstein piensan que podrían ser obra del mismo Polonio, aunque los únicos datos ciertos son que las tablas fueron calculadas para Salamanca, que la época corresponde al 1 de junio de 1461, que se trata de una adaptación de las *Tablas Alfonsíes*, a la que se suman otros materiales tabulares diversos, procedentes algunos de ellos también de Cracovia y que fue fuente importante para Zacuto. Todo ello viene confirmado por el análisis que se hace en el libro de las 21 tablas que conforman las *Tabulae Verificatae*.

El texto sigue con el estudio de una serie de tablas en castellano que aparecen en el mismo manuscrito que las *Tabulae Verificatae* y que guardan una cierta relación con ellas y con las *Tabulae Resolutae*, principalmente por estar calculadas para Salamanca y depender de materiales procedentes del corpus alfonsí. El capítulo termina con el repaso, por una parte, de otros materiales relacionados con Salamanca y, por otra, de los predecesores de Zacuto, explícitamente mencionados por él, que son en su mayoría judíos, a pesar de que, según Chabás y Goldstein, no son los que más influyeron en su obra, cuyo ingrediente esencial fueron las *Tablas Alfonsíes*. Las escasas menciones a astrónomos griegos, árabes y cristianos peninsulares, y en concreto la nula mención de sus predecesores o coetáneos de Salamanca, cuyos trabajos usó Zacuto, como demuestran los autores de este libro, hace pensar en unas referencias interesadas a los nombres de ciertos personajes: algunos por su condición de correligionarios, y otras, como Ptolomeo o Averroes, por el prestigio que conllevaban. La influencia alfonsí, como demuestran los autores, no es única en la obra de Zacuto, que es también deudora de la tradición astronómica hebrea, especialmente del sur de Francia, y en algunos casos también de la árabe, básicamente a través de Ibn al-Kammād, discípulo de Azarquiel, no sabemos si directamente o mediante fuentes hebreas intermedias.

Una vez situados en la escena, es decir en el ambiente astronómico de la Salamanca de mediados del XV, comienza el análisis propiamente dicho de las dos obras de Zacuto, motivo de este libro: el *ha-Hibbur ha-gadol* y el *Almanach Perpetuum*.

El *Hibbur*, que también es un almanaque perpetuo, fue terminado en el año 1478. Utiliza el año 1473 como fecha *radix* y se centra fundamentalmente en el cálculo de las posiciones del sol y la luna, básicas para el calendario judío, y derivadas de la tradición hebrea del sur de Francia, al que añade

una serie de tablas para el cálculo de las longitudes planetarias, procedentes de la astronomía alfonsí.

El *Almanach Perpetuum*, del que conservamos algunas copias en latín y otras en castellano, fue publicado por José Vizinho, alumno y traductor de Zacuto, en 1496, año en que, según el colofón Visión, terminó los cánones, es decir más de veinte años después que el *ha-Hibbur*. El *Almanach* consiste en un gran número de tablas astronómicas, en forma de almanaque, como su título indica, acompañadas de unos cánones que ocupan escasas páginas.

Curiosamente, mientras las tablas del *Almanach* coinciden en gran parte con las del *ha-Hibbur*, los cánones son diferentes de los de esta última obra. Los autores se centran en los cánones del *Almanach*, porque los del *ha-Hibbur ya* fueron estudiados por Cantera Burgos, y llegan a la conclusión de que dichos cánones no parecen traducción del hebreo y serían probablemente obra del traductor Vizinho, de manera que Zacuto habría tenido poco que ver en su redacción. Es curioso, sin embargo, que el propio Vizinho aparezca en el colofón de la versión castellana como traductor del árabe al latín y del latín al castellano. Quizás cabría pensar en la posibilidad de que se tratara de una adaptación.

Por otra parte, parece que también el público destinatario de ambas obras era distinto, mientras el *ha-Hibbur ha-gadol* va destinado a una audiencia eminentemente judía, el *Almanach Perpetuum* tiene por objetivo a los cristianos. Baste comparar las referencias al *Talmud* y a la aplicación de la astronomía a la ley judía, y la descripción de los principios del calendario judío en la primera obra con el calendario cristiano, donde aparece un centón de nombres de santos, vírgenes y papas, asociados a distintos días del año, de la segunda.

Precisamente, entre las aportaciones más importantes de este estudio hay que destacar la clara distinción que hacen Chabás y Goldstein entre los dos trabajos de Zacuto: las tablas publicadas como *Almanach Perpetuum* en Leiria (Portugal) en 1496 y el *ha-Hibbur ha-gadol* (La Gran Composición) compuesta en hebreo en 1478. De modo que el *Almanach Perpetuum* no debe seguir siendo considerado como una traducción del *ha-Hibbur ha-gadol* sino que, como prueban los autores, se trata de una obra en cierta manera independiente.

Otra conclusión importante de este libro es la estrecha dependencia de Zacuto de las *Tablas Alfonsíes*. Chabás y Goldstein demuestran que Zacuto calculó las tablas a partir de las *Tablas Alfonsíes*, realizadas en Castilla en el siglo XIII, y reintroducidas, como hemos visto, en el siglo XV en Salamanca. La influencia alfonsí, por otra parte, no es única en Zacuto, sino que también es deudor

de la tradición astronómica latina y hebrea y, más o menos indirectamente, de la griega y árabe.

Hay que decir que se alcanza con absoluto éxito el objetivo del libro de llevar a cabo un exhaustivo estudio de las tablas que aparecen en el *Almanach Perpetuum* y en el *Hibbur*.

Destacaría quizás un pequeño detalle que afecta a la facilidad de consulta de la obra. Así mientras que cada una de las tablas del *Hibbur* se relaciona e identifica en el libro con la correspondiente del *Almanach*, no ocurre lo mismo a la inversa, lo que obliga a consultar continuamente el análisis del *Hibbur* cuando se trabaja con el *Almanach*.

Por otra parte, quizás se echa de menos también la edición, o por lo menos la reproducción en forma de facsímil, de algunas tablas, que resultarían muy interesantes. Sobre todo teniendo en cuenta que muchas otras sí aparecen, sea recalculadas o simplemente fotografiadas. Y, ya desde el punto de vista del filólogo, sería interesante contar con la inclusión del título de las tablas en su lengua original o en una traducción literal, que podrían ofrecer información suplementaria, a veces de utilidad.

Finalmente, una discrepancia. Los autores opinan que la tabla de estrellas está calculada para el comienzo de la Hégira. Sin embargo, esta tabla sigue la de Ibn al-Kammád, en cuyo encabezamiento se indica «*ab initio essentiali*», traducción directa de la expresión árabe «*al-mabda' al-dh<sup>u</sup>ta*». Esta expresión, extensamente atestiguada en multitud de fuentes árabes, como al-Marrákush<sup>h</sup>, Ibn al-Raqqám, Ibn Ish<sup>h</sup>aq, Ibn al-Banna', Ibn Ab<sup>u</sup> 'l-Shukr, etc., significa «principio sidéreo», o lo que es lo mismo origen de las longitudes sidéreas, lo que además viene corroborado por el título de la tabla del *Almanach Perpetuum* (n. 45), donde se especifica «*ad g. octauae sperae*». Este principio correspondería a una fecha en que el incremento de longitud, debido al movimiento de trepidación usado por estos autores, fuera de 0°, es decir, unos 40 o 41 años antes de la Hégira (581-2 de nuestra era). Por otra parte, la expresión *al-mabda' al-<sup>u</sup>abi<sup>u</sup>i*, que significa «principio trópico», es decir origen de las longitudes trópicas, también aparece traducida por Ibn al-Kammád como «*initium naturale*». Ambas expresiones se usan conjuntamente en los textos árabes y, a menudo, se añade una explicación de su significado. Es decir, creo sin duda alguna que todas las tablas de estrellas en las que consta que las longitudes han sido calculadas a partir de *al-mabda' al-dh<sup>u</sup>ta*, como las de Ibn al-Banná' o al-Marrákush<sup>h</sup> coincidentes con la de Ibn al-Kammad y Zacuto, ofrecen longitudes calculadas desde el origen sidéreo, es decir en base a la octava esfera. Pero, además, la confirmación del significado aparece ya en los

propios cánones del *Hibbur*, donde se dice que la longitud de Regulus es Leo 23º con respecto a la 9ª esfera y Leo 9;8º, con respecto a la 8ª y precisamente, este último valor es el que encontramos en todas las tablas de estrellas antes mencionadas.

Detalles pequeños aparte, se trata, sin duda, de una obra excelente y muy completa. Un extraordinario trabajo, al que por otra parte tanto Chabás como Goldstein, sea en solitario o en colaboración, ya nos tienen más que acostumbrados. Es un libro muy recomendable para quienes tengan interés en el campo de la astronomía en la península ibérica medieval, así como en sus fuentes y repercusiones.

MERCÈ COMES  
Universidad de Barcelona

Nicolas WEILL-PAROT. *Les «images astrologiques» au Moyen-Âge et à la Renaissance. Spéculations intellectuelles et pratiques magiques (XII<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècle*, París, Honoré Champion [Sciences, techniques et civilisations du Moyen Âge à l'aube des Temps modernes, 6], 2002, 988 pp. ISBN: 2745304496 [117 €].

En 1496 se publicaron póstumamente las *Disputationes adversus astrologiam divinatricem* de Giovanni Pico della Mirandola. En el mismo año, el médico valenciano Jeroni Torrella ponía término a su *Opus praeclarum de imaginibus astrologicis* para llevarlo a la imprenta en Valencia poco después. En él anunciaba su proyecto de responder a Pico, al tiempo que contradecía alguno de sus argumentos y los de otros detractores de las imágenes astrológicas. Nos encontramos, pues, en el clímax de la polémica astrológica que se produjo en el renacimiento, pero sin salir de los círculos del neoplatonismo italiano con los que estaban relacionados tanto Pico como probablemente Torrella, uno de los numerosos estudiantes procedentes de la Corona de Aragón que se instruyeron en las universidades italianas del Quattrocento. El tratado de Torrella supone el punto culminante de la teorización en torno al uso de las imágenes astrológicas, en especial acerca de su uso médico: recoge los argumentos naturalistas de los autores partidarios, a los que denomina «albertistas», y de los contrarios, llamados «tomistas», designaciones derivadas de las posturas respectivas de Alberto Magno y Tomás de Aquino. Torrella dedicó su libro a Fernando el Católico, quien podría beneficiarse del sello de Leo contra los dolores renales que padecía.

El *Opus praeclarum* recopila principalmente fuentes medievales, aunque también recurre a autores coetáneos, entre los que destaca Marsiglio Ficino,

víctima de un amplio e inconfesado uso. Por esta razón la obra de Torrella se convierte, al mismo tiempo, en el punto de partida y el punto final de la búsqueda y análisis de textos acerca de las imágenes astrológicas entre los siglos XIII y XV que constituye el profundo estudio de Nicolas Weill-Parot que aquí se reseña, en su origen una tesis defendida en 1998 en la Université de Paris X-Nanterre. Se trata sin duda de la primera visión exhaustiva y de conjunto sobre este tema, acerca del cual existían tan sólo trabajos parciales publicados por diversos autores durante el siglo pasado y pasajes dispersos a lo largo de la monumental *A History of Magic and Experimental Science* de Lynn Thorndike, cuyos ocho volúmenes continúan siendo una cantera inagotable e imprescindible para este y cualquier otro estudio sobre magia medieval y moderna. Weill-Parot se propone responder a tres preguntas: ¿Cuál es el origen de la noción de imagen astrológica? ¿Cómo pudo llegar a tomar la importancia que tuvo en el siglo XV? ¿Cuál fue su significado intelectual y su alcance real en los diversos campos con los que se encontró?

La primera parte del libro intenta responder a la primera cuestión. El autor concluye que la noción de imagen astrológica aparece en el *Speculum astronomie*, un escrito cuya atribución tradicional a Alberto Magno ha sido largamente cuestionada sin que por el momento se haya llegado a ninguna conclusión definitiva al respecto y, en consecuencia, su autor es llamado por Weill-Parot con la anónima designación de *Magister Speculi*. El *Speculum astronomie* fue escrito con la finalidad de contribuir a resolver el problema surgido con las imágenes mágicas al llegar a Occidente las ciencias grecoarábicas, injertadas de textos y prácticas magicoastrológicas, en el marco del proceso de criba entre aquellos saberes recién importados susceptibles de ser conciliados con la ortodoxia cristiana y aquellos considerados ilícitos. La mayoría de los textos y de los magos recurren a las imágenes con la idea de una «causalidad destinativa», en palabras de Weill-Parot, es decir, dirigiéndolas a los espíritus. Tanto si es realizada de un modo consciente como si no, dicha práctica es considerada nigromántica por sus detractores, los teólogos cristianos como Guillermo de Alvernia y Tomás de Aquino, quienes afirman que tales espíritus son demonios y, consecuentemente, ven al mago como una víctima de una doble ilusión diabólica. En efecto, por un lado, el demonio invocado no podía infundir a la imagen ningún poder sino que, en todo caso, era él mismo quien podía hacer cumplir la petición del nigromante. Por otro lado éste tampoco podía dominar al demonio, sino que, al contrario, era engañado por él para lograr su sometimiento y perdición. Ante la alternativa entre la plena aceptación y el rechazo absoluto el *Magister Speculi* establece una clasificación de las imágenes para incluir una tercera vía: la noción de imagen astrológica. Con ella intenta alejar de la sospecha

de nigromancia un cierto tipo de imágenes mágicas, cuyos efectos atribuye a la posición de los astros en el momento de su fabricación, al tiempo que condena las otras dos clases. En su nacimiento fue, según Weill-Parot, una «noción fantasma» porque en la práctica no existían textos sobre imágenes desprovistas totalmente de aparato ritual.

La segunda parte analiza el recorrido de dicha noción en los filósofos y teólogos escolásticos entre los siglos XIII y XIV. Vemos cómo la nueva noción no convenció a todos ni mucho menos, pero al menos dificultó la demostración de su ilicitud, puesto que los teólogos que terminarían por fijar la interpretación ortodoxa del aristotelismo, aceptaban la existencia de una magia natural basada en las propiedades ocultas de origen astrológico. Su rechazo de las imágenes astrológicas se fundamentaba en la refutación de que dichas propiedades pudieran ser imbuidas por medio de la técnica o *ars*, según la creencia generalizada de que únicamente Dios y la naturaleza como instrumento suyo podían alterar las especies y las sustancias de los seres. La solución de Alberto Magno fue situar la imagen en una cadena causal en la que el artesano fabrica ese talismán sometiendo su técnica a la causalidad natural proveniente de los astros. En cambio, desde una postura más excéntrica, Roger Bacon llegó a sostener que el *ars* puede superar a la naturaleza.

El objetivo de la tercera parte es comprobar el alcance real de la aplicación de las imágenes astrológicas en la astrología y la medicina entre los siglos XIII y XV. Ciñéndonos a esta última ciencia las imágenes son el ejemplo extremo de cómo, gracias a la mencionada idea de las propiedades ocultas, la medicina escolástica fue capaz de integrar en su sistema racional ciertos remedios empíricos, mágicos y astrológicos. Sin embargo, incluso los médicos universitarios más proclives a emplearlas, como Arnau de Vilanova y Pietro d'Abano, hicieron un uso de ellas muy ocasional. Los sellos astrológicos quedaban, pues, en una posición marginal que no perturbó la coherencia de la construcción teórica del galenismo.

Finalmente, la cuarta parte descubre cómo algunos médicos-magos subvierten desde el siglo XIV la noción de imagen astrológica con procedimientos próximos a la nigromancia, cómo polemizan sobre las imágenes astrológicas Pico della Mirandola y el teólogo valenciano Pere Garcia, y cómo Marsiglio Ficino reelabora y amplifica la teoría medieval al tiempo que la renueva con la moderna visión neoplatónica de la magia para llegar a una actitud ambigua ante la licitud de la «causalidad destinativa». El recorrido termina con el ya mencionado *Opus praeclarum de imaginibus astrologicis* de Jeroni Torrella, un tratado que

se encuentra entre la escolástica tardía y el humanismo neoplatónico y que es obra de un médico que había empleado frecuentemente la astrología.

Como justamente señala Weill-Parot la cuestión de las imágenes astrológicas se encuentra en las fronteras entre la nigromancia y la astrología, la filosofía y la teología, la medicina y la magia, lo lícito y lo ilícito. Por esta razón, no tiene reparos de sumergirse en todo tipo de fuentes, ocultistas, filosóficas, teológicas o médicas, en una cantidad y variedad realmente asombrosas, ya sea editadas o, en su ausencia, manuscritas. Como no puede o no debe ser de otro modo, los textos son la base y el centro de su investigación.

El rigor con el que desmenuza las obras, profundiza en el sentido de las palabras y analiza si es preciso su tradición textual, resultan el único método sólido por el que se puede avanzar en la maraña de la magia y la astrología medievales para despejarla, destruir mitos persistentes, aclarar falsas atribuciones, llegar a certidumbres, cuando sea posible, o al menos a hipótesis razonables. En este sentido vale la pena destacar su clarividente aproximación al uso médico de los sellos por parte de Arnau de Vilanova. Arnau se ganó la gratitud del papa Bonifacio VIII gracias al sello de Leo, uno de los remedios con los que logró aliviar el dolor de su mal de piedra, y además justificó y aconsejó la aplicación de los sellos astrológicos en algunos de sus escritos. Weill-Parot no sólo explica en profundidad todas las alusiones de Arnau a los sellos, sino que aporta su propia contribución a la «cuestión arnaldiana». En efecto, la transmisión manuscrita atribuye a Arnau dos opúsculos sobre imágenes astrológicas. Si la autenticidad del titulado *De sigillis*, también impreso en los *Opera Arnaldi*, ya había sido objeto de opiniones encontradas, el llamado *De duodecim imaginibus Hermetis* había pasado, en cambio, desapercibido en los estudios acerca de Arnau. Weill-Parot analiza su tradición textual y su contenido para concluir, a mi parecer de forma irrefutable, que ambos son apócrifos, en una investigación que prosigue en su trabajo aún inédito «Astrologie, médecine et art talismanique à Montpellier: les sceaux astrologiques pseudo-arnaldiens», presentado en el coloquio *L'Université de médecine de Montpellier et son rayonnement (XIII-XV siècles)*, celebrado en Montpellier en mayo del 2001. Este es un ejemplo de cómo la fructífera investigación llevada a cabo por Weill-Parot no termina con las casi mil páginas de este libro sino que se ramifica en otros trabajos ya publicados o en curso de aparición como la edición prometida del texto de Torrella.

Así pues la longitud del libro, que a algunos les podría parecer excesiva para una cuestión a primera vista menor, está en mi opinión perfectamente justificada por su rigor y su minuciosidad admirables y por lo importante que

se revela el tema en la historia del ocultismo. Incluso las pocas digresiones que van más allá de lo estrictamente necesario para el objetivo primordial no carecen en absoluto de interés por sí mismas. Por otra parte, la amplitud de sus miras y la diversidad de autores, países y épocas que recorre le llevan, tal vez indefectiblemente, a no tener siempre en cuenta la bibliografía más precisa o más reciente, pero sólo en ocasiones puntuales y en ciertos aspectos tangenciales, sin que esto llegue a afectar al tema principal del estudio. Por lo general hay que reconocer que maneja una literatura secundaria actualizada, muy variada, extensa y completa.

A lo largo del estudio, voluntariamente centrado en la historia de las ideas, se echa quizá en falta a veces una mayor contextualización social, que tal vez podría ayudar a explicar ciertas divergencias geográficas o cronológicas en la recepción de las imágenes astrológicas. Me pregunto si, por ejemplo, se podría llegar más lejos en la sugerencia, que queda tan sólo insinuada, de que la moderada defensa de Torrella de su uso, alejada del neoplatonismo, podría estar influida por las diferencias de clima politicoreligioso entre las penínsulas itálica e ibérica.

En suma, *Les «images astrologiques» au Moyen-Âge et à la Renaissance* constituye un extensísimo, minucioso y lúcido trabajo destinado a convertirse en una obra fundamental para el estudio de la magia medieval, un campo necesitado de estudios como éste, que vayan rompiendo tópicos y abriendo nuevas perspectivas. El tema central, las imágenes astrológicas, permite al autor tratar las actitudes de los intelectuales medievales y humanistas ante la astrología, la magia natural y la nigromancia, entre lo permitido y lo prohibido, pero también ir más allá, puesto que la posición limítrofe de la noción estudiada lleva al autor a explorar los bordes entre las diversas ramas del saber, a analizar debates fundamentales como la relación entre *natura* y *ars*, y a poner al descubierto la exigencia desmesurada de racionalidad que supuso la escolástica. La magia y la astrología medievales y su relación con la ciencia no han sido lo suficientemente estudiadas hasta ahora y aún se depende, demasiado a menudo, de una obra como la de Thorndike, aún básica pero que precisa una revisión continua. Igual que el venerable historiador norteamericano, Weill-Parot nos hace ver la centralidad de los textos en el estudio de las artes ocultas como de cualquier otro saber del pasado y de la necesidad de ediciones fiables de numerosas obras que sólo se encuentran en manuscritos o impresiones modernas faltas de rigor y con frecuencia poco inteligibles.

SEBASTIÀ GIRALT

Universitat Autònoma de Barcelona

Othmar KEEL. *L'avènement de la médecine clinique moderne en Europe: 1750-1815. Politiques, institutions et savoirs*, Montréal, Les Presses de l'Université de Montréal. ISBN: 2-7606-1822-6 [59,95\$]/Genève, Georg Éditeur, Bibliothèque d'Histoire de la Médecine et de la Santé, 2001. ISBN: 2-8257-0762-7.

En 1979, con el libro *La généalogie de l'histopathologie, Une révision déchirante: Philippe Pinel, lecteur discret de J.-C. Smyth (1714-1821)* (reseñado en *Dynamis*, 1981, 1, 327-329) inauguró Othmar Keel una concienzuda línea de investigación sobre la medicina a caballo entre los siglos XVIII y XIX. El presente libro sistematiza el estado de la cuestión hasta la fecha, a partir de una serie considerable de trabajos publicados, como artículos (en *Gesnerus*, 1980, 1987, 1988, 1997; en *History and Philosophy of the Life Sciences*, 1984; en *Bull. Canad. Hist. Méd.* 1985 y 1986), comunicaciones a Congresos internacionales de Historia de la Medicina (Barcelona, Bolonia) y capítulos en libros escogidos, como *William Hunter and the Eighteenth Century Medical World* (editado por W. Bynum y R. Porter, Cambridge, 1985) o *La médecine des Lumières: autour de S.A.A.D. Tissot* (editado por V. Barras y M. Courvoisier, Genève, 2001).

El propósito central de este libro y de la línea de investigación de que hablamos no es sino llamar la atención sobre lo que López Piñero (contribución que ignora en su amplia revisión bibliográfica) ha conceptualizado y popularizado en la comunidad historicomédica hispánica como «mentalidad antisistemática». En tal empeño, produce una minusvaloración de las contribuciones iniciales de la llamada Escuela de París, en particular de Pinel, Bichat, Corvisart y Broussais, a las que niega originalidad (de hecho, considera que suponen un retroceso sobre algunos aspectos de la clínica ilustrada), postulando una reescritura de las líneas generales de la historiografía médica contemporánea (que no aborda, sin embargo), de donde debería desaparecer el carácter copernicano, revolucionario, del inicial programa anatomoclínico parisiense. Coincide en el tiempo con la publicación de otra interesante contribución sobre una temática paralela (Ulrich Tröhler, «*To Improve the evidence of medicine: The 18th century British origin of a critical approach*. Edinburgh, Royal College of Physicians of Edinburgh, 2000), donde también se retrasa el reloj de la gran narrativa historicomédica en lo que se refiere a la incorporación de acercamientos cuantitativos (protoestadísticos) a la clínica y la terapéutica, con la consiguiente erosión de la imagen fundadora de P. C. A. Louis.

Nuestro autor se enfrenta manifiesta y reiteradamente contra quienes han postulado esa interpretación —hasta ahora dominante en la historiografía— de la Escuela de París como matriz de la modernidad (Foucault, Ackerknecht,

Bynum o Maulitz) y aprovecha detalles y consideraciones avanzadas por muchos otros autores, en particular del área centroeuropea, así como la lectura que Laín Entralgo proporcionó de la obra de Albertini, sobre las aportaciones antisistemáticas producidas en la época ilustrada. Tal empeño tiene firmes soportes, como veremos a continuación, si bien no termina de sustentar del todo una tesis alternativa, como igualmente pretendo comentar.

La estructura del texto se ordena en dos grandes apartados. En el primero («Políticas, instituciones y prácticas») se analizan los modelos de enseñanza médica y quirúrgica y el afianzamiento del modelo clínico en la segunda mitad del siglo XVIII, tanto en Francia como en otros países, en particular en Gran Bretaña, y se compone de cuatro capítulos. El relato que Jorge Navarro ha producido recientemente sobre *La introducción de la clínica en Valencia* (Valencia, 1998) coincide sustancialmente con la idea defendida por Keel, puesto que el comienzo de las cátedras de Práctica o Clínica en España es de clara influencia vienesa, con anterioridad a las novedades francesas. El segundo apartado, titulado «Conceptos, técnicas y métodos», analiza en los capítulos quinto a séptimo la aparición y extensión de los procedimientos de exploración física, en los octavo a undécimo la aparición de una problemática histológica, en la doble perspectiva de la estequiología normal y patológica, con anterioridad al enunciado del programa de Bichat, para terminar (capítulo duodécimo) con una revisión comparada del panorama anatomoclínico europeo. Una conclusión final reitera las hipótesis del autor, que ya han sido expuestas de forma reiterada en el transcurso de la narración, asentada sobre un férreo engranaje de citas extensas de fuentes primarias y notas bibliográficas pertinentes, que, si bien peca de cierta reiteración y circularidad para quien lea el texto de corrido, resultan útiles para los apresurados que aborden la lectura de manera fragmentaria. Esta estructura permite que se advierta la práctica totalidad de las hipótesis revisionistas del autor. En esa tarea de revisión hay varios puntos fundamentales, como son la relevancia concedida al hospital en tanto que agente especializado dentro de los esquemas de la política sanitaria iniciada en la Ilustración; la constitución de una patología anatomoclínica sobre la doble base de la práctica medicoquirúrgica y obstétrica (incluyendo el recurso a distintos métodos de exploración física) y el examen anatómico sistemático de los cadáveres; la constitución de una visión tisular en lo que se refiere a la composición del cuerpo humano, por la vía de la patología y de la experimentación fisiológica y anatomo-comparada; finalmente, la extensión de la enseñanza clínica en el medio hospitalario, conteniendo todas las novedades anteriores. Hay también un cuidadoso análisis cronológico, para mejor percibir la generalización de determinadas propuestas.

La lista de afirmaciones de manual que revisa el autor canadiense es corta, pero sustancial. Keel niega originalidad al programa de Bichat (mejor planteado y ejecutado por los hermanos Hunter, la dinastía escocesa de los Monro y sus numerosos discípulos); niega la aportación clave de Pinel en su propuesta de relacionar la patología con una base anatómica tisular (copia textual de Carmichael Smyth, como demostró en su libro de 1979 antes citado), que, por otra parte, habría que adjudicar a Andreas Bonn (otro ilustre *tapado* en la obra de Bichat) o incluso al propio Haller; niega que Corvisart haya sido el responsable de la difusión de la percusión torácica (responsabilidad que hay que adjudicar en plenitud a Auenbrugger y a Stoll), que mal entendió y mal practicó, generando la desconfianza que, por ejemplo, ilustró Laennec en su *Tratado de la auscultación mediata*; y, por fin, niega que el modelo de enseñanza clínica hospitalaria proceda del París posrevolucionario (construido a imitación de las clínicas centroeuropeas y dotado de mucha menor capacidad de formación práctica que la norma inglesa y escocesa había conseguido decenios antes).

La estrategia demostrativa se apoya en primer lugar en el examen detallado de una ingente bibliografía europea del periodo 1750-1850, aproximadamente, buscando localizar las afiliaciones confesadas así como las señaladas por los contemporáneos o los autores inmediatamente posteriores, además de la discusión de sus contenidos conceptuales. Testimonios franceses, como los de Ratier (1828), Richerand (1800, 1825) y Flourens (1858) son especialmente significativos de una lucidez crítica que no se mantuvo como norma en la mayoría de los relatos y análisis —claramente hiperbólicos, según Keel— de las contribuciones anatomoclínicas de Bichat y sus seguidores, empezando por los propios testimonios de los Pinel, Bichat o Laennec, sesgados en su favor por el expeditivo recurso a la ocultación de sus fuentes principales, comenzando por A. von Haller (de quien resalta su propuesta textural antes que la estequiología fibrilar) y T. Bordeu y siguiendo por A. Bonn, J. Hunter, J. G. Walter o M. Baillie, a veces bajo la declaración de «conocimientos normales». A ellos suma una excelente revisión de autores británicos, holandeses y centroeuropeos, además de los mencionados, en los que se unieron comentarios favorables a las propuestas parisinas junto al reconocimiento de su genealogía intelectual y práctica en la tradición clínica, fisiológica y anatomopatológica europea —punto en el que se apoya Keel para justificar la rápida popularización de la rutina anatomoclínica en la primera mitad del Ochocientos, con la inclusión de la auscultación mediata, bajo la forma de una reiterada «fertilización cruzada» desde y hacia Francia— así como el estudio minucioso de los trabajos clínicos en Viena, Pavía, Edimburgo y numerosos centros universitarios alemanes y escuelas privadas de clínica británicas. La existencia de una red informal (en

el sentido de su ubicación fuera del marco universitario) para la enseñanza de la medicina, íntimamente ligada a las nuevas propuestas asistenciales derivadas del interés público por la salud de las poblaciones y en cuyo seno se mezclaron las vías médica, quirúrgica y obstétrica, es otro de los pilares argumentales a favor de la tesis central de este libro y contra las tesis de Maulitz referidas a Gran Bretaña (resumidas en *Morbid appearances: the anatomy of pathology in the early nineteenth century*. Cambridge, CUP, 1987).

Me parece que la contribución teórica más relevante de Keel radica en esa interpretación mestiza del nacimiento de la anatomoclínica, que destaca el contexto relacional entre París y los restantes centros importantes de enseñanza y práctica de la medicina europeos. Fatiga un poco su empeño desmitificador, que le conduce a considerar que cualquier elemento *parecido* anterior es poco menos que anatomoclínico. Así, en opinión de Keel, la consideración ontológica de la enfermedad producto de la nosotaxia ilustrada, de Sauvages a Cullen, debería verse francamente minimizada, si no desaparecer del todo. La misma prioridad de su estrategia analítica le lleva, en un contexto en que sugiere expresamente que *otros* historiadores fuerzan el sentido de las fuentes que manejan, a exponer que si Tissot habla de «especies» y de «géneros» no lo hace «sometido a la nosología de tipo botánico» en la cita siguiente: «[el objeto de una clínica es] *se faire une idée juste, sinon de toutes les espèces de maladies, ce qui serait peut-être impossible, même sur plusieurs années, parce qu'il y en a de très rares, mais au moins de tous les genres*» (p. 134). Para Keel, estas palabras identifican una clínica que no es «el teatro nosológico» dibujado por Foucault, entre otros, sino una estructura encaminada a conseguir «los conocimientos necesarios» y proporcionar «tratamiento a sus enfermos», lo que, a juzgar estrictamente por el contenido de esta sola cita, no es defendible, a mi parecer. Del mismo modo, rechaza las aportaciones (Waddington, Jewson) que sugieren un cambio profundo en la estructura de relación entre sanadores profesionales y enfermos a partir de la generalización de medios masivos de asistencia, en especial del hospital, proceso en el cual los pacientes como individualidades personales tendieron a desaparecer; su argumento en contra es que la actividad clínica siempre se centró en personas concretas, al servicio de su tratamiento, pero no considera las vertientes de poder en dicha relación. Casi sorprende que no haga referencia a la tradición clínica bajomedieval de la Facultad de Medicina de Padua o la escuela médico-quirúrgica de Guadalupe, así como la antigüedad de la práctica de la percusión abdominal para el diagnóstico de la ascitis (uno de sus puntos fuertes en la discusión sobre la generalización de las exploraciones físicas a finales del siglo XVIII). En el último libro de Luis García Ballester (*La búsqueda de la salud*, Barcelona, Península, 2000, p. 311) se recoge la siguiente cita de la *Sinonimia de los nombres de las medecinas*

*griegas e latynos e arabigos* (obra anónima de mediados del siglo XIV): «cuando se golpea [el vientre del paciente que tiene ascitis] se oye un ruido como de odre medio lleno».

Sobre el gran argumento revisionista de base, sigo considerando, respecto a mi anterior reseña de 1981, que la gran incógnita es por qué ni J. C. Smyth denunció en su día el plagio de Pinel, ni autores como W. Alison o A. Monro *tertius*, pusieron en claro una visión más equilibrada de los acontecimientos en torno a la génesis de la medicina anatomoclínica. Keel maneja tres elementos para explicar el singular éxito histórico de lo que considera una mentira: 1º) la capacidad formalizadora y sistemática de Bichat y sus seguidores, aun cuando ni sus contribuciones fueran tan originales ni sus planteamientos tan acertados; 2) una voluntaria tarea de «ocultación» de la propia tradición hunteriana en Gran Bretaña por motivos profesionales, puesto que considera que las aportaciones de Hunter se identificaban con la cúpula profesional que controlaba el ejercicio médico y los sujetos emergentes de una profesión médico-quirúrgica de servicio prefirieron una opción organizativa similar a la imperante en Francia (argumento retorcido donde los halla, que nada nos aclara respecto al área centroeuropea, por ejemplo, tan relevante en la consideración del autor); y, 3) la atracción de los extranjeros por París, por razones no necesariamente unidas a la (inexistente) excelencia académica de los primeros 30 años del siglo.

Pese a todo, este libro tiene muchos alicientes. Nos hace reflexionar sobre la importancia de no considerar los actores históricos por lo que estos digan de sí mismos. Plantea la conveniencia de actualizar nuestros manuales, combatiendo una cierta conciencia de «trabajo acabado» al pensar en cuestiones objeto de gran atención durante las dos generaciones precedentes de historiadores. Y cuestiona el peso que nuestras tradiciones historiográficas tienen (o deben tener) en la delimitación de nuestras tareas docentes y de investigación originales. Con independencia del gran refuerzo que, en la perspectiva de la historia de la clínica, recibe la segunda mitad del Setecientos, el problema fascinante que se alza ante nosotros es el de comprobar en qué medida seremos capaces de romper del todo con una tradición que busca «nacimientos» y «paternidades» (en este caso, de la anatomoclínica) como actos precisos, ciertamente complejos por supuesto, para generar una manera de interpretar el pasado que prime los procesos gestacionales, algo que, en este terreno que nos ocupa ahora, ya sugirieron Temkin y Gelfand, si bien no con la amplitud y articulación que presenta este libro.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA  
Universidad de Granada

Martin DINGES (ed.). *Patients in the History of Homeopathy*, Sheffield, European Association for the History of Medicine and Health Publications, 2002, xiii + 434 pp. ISBN: 0-9536522-4-6.

El impulso que el Instituto de Historia de la Medicina de la Fundación Robert Bosch (Stuttgart, Alemania) y la red sobre historia de la homeopatía de la European Association for the History of Medicine and Health está dando a la historia de la homeopatía ha permitido que en el transcurso de una década el conocimiento sobre los avatares de esta doctrina médica haya pasado a primer plano de la historiografía médica internacional, dejando atrás la modesta, aunque estimable, presencia anterior.

Para el caso europeo, las publicaciones de varios autores alemanes como las del propio Martin Dinges, junto con las de Robert Jütte, Michael Stolberg y Gunnar Stollberg, por citar solo a los más conocidos, las de Marijke Gijswijt-Hofstra, para el caso holandés y Olivier Fauré, para Francia se han unido en el último decenio a los análisis que los autores británicos y norteamericanos venían haciendo desde algunos años antes. Las publicaciones de la red de historia de la homeopatía y otros volúmenes de la EAHMH, de objetivo algo más amplio, han venido a contribuir a este panorama aunando perspectivas de uno y otro lado del Atlántico, tal y como ya hemos tenido ocasión de reseñar en estas mismas páginas (*Dynamis* 2000, 20, 569-572. *Dynamis* 2002, 22, 574-577).

En esta ocasión se consagran casi una veintena de capítulos al análisis de una vertiente siempre de difícil abordaje en la historia de la medicina: los pacientes. Sea porque no siempre han estado en el centro de las preocupaciones historiográficas, o por las dificultades heurísticas que comporta acercarse a su realidad, los pacientes, destinatarios de los discursos y las prácticas médicas, se escapan a veces entre los dedos del historiador. Este volumen, a partir de acercamientos y fuentes diversas, trata de desvelar quienes fueron y son —pues el periodo cronológico se extiende hasta la actualidad— los que hoy llamaríamos «usuarios» de la homeopatía, un concepto que en sí mismo es deconstruido en varios capítulos, y las razones que pueden explicarnos por qué se acercaron y acercan a la homeopatía en busca de alivio para sus dolencias.

El libro, tras una introducción del editor, se organiza en cuatro apartados y, como todas las publicaciones de la EAHMH, tiene el valor añadido de contar al final con una bibliografía conjunta generada a partir de las individuales

de cada uno de los capítulos. En este caso el lector podrá encontrar una magnífica puesta al día de la bibliografía germánica sobre el particular.

El capítulo introductorio de Martin Dinges, además de hacer la oportuna presentación del volumen, se encarga de situar al lector en la necesidad de conocer la perspectiva del paciente a la hora de analizar cualquier actividad médica. Quizá una mayor contextualización sobre la homeopatía, en el marco del pluralismo asistencial y sobre la relación homeópata-paciente en el asunto más global de la relación médico-paciente, hubiera resultado beneficiosa. Más adelante otra aportación, la que dedica Gunnar Stollberg a la sociología de los pacientes de la homeopatía, se encarga, en gran medida, de realizar esta tarea, que hubiese resultado más adecuado situar como frontispicio del volumen.

El primer grupo de capítulos se interesa por la relación que sostuvo el propio fundador de la homeopatía, Samuel Hahnemann, con sus pacientes. Los diferentes capítulos nos muestran como Hahnemann no sólo se interesó por fundar una nueva manera de concebir la enfermedad y su tratamiento, sino que puso gran empeño en crear un modo de relación médico-paciente en el que el primero mantuviese una total hegemonía. Frente a modos de relación en los que la dominancia en el encuentro clínico caía del lado del paciente el autor del *Organon* estableció un modo de relación con sus pacientes en el que se reservaba para sí gran parte del control. En general, sus honorarios fueron altos, aunque los diversos estudios nos presentan matices en este sentido, y debían serle satisfechos por adelantado. Las visitas a domicilio no solían estar contempladas en el modo de conducirse de Hahnemann. Era el paciente el que debía acudir a la consulta del homeópata o, como ocurrió con frecuencia, utilizar la correspondencia para llevar a cabo la consulta y el seguimiento del tratamiento. Además la *compliance* del paciente tenía que ser total. Un paciente insumiso se arriesgaba a que el iniciador de la homeopatía terminase la relación asistencial, pues consideraba que sus consejos y prescripciones debían ser seguidos al pie de la letra. Tal y como señala Dinges esta realidad puede resultar llamativa dado que hoy día tendemos a pensar que los pacientes que recurren a la homeopatía y otras terapias complementarias buscan, precisamente, un encuentro clínico más igualitario que el que ofrece la biomedicina. Pero las circunstancias en las que se desarrolló la práctica hahnemanniana explican en gran medida su interés por ejercer el gobierno de la relación médico-paciente. En cierta forma este modelo relacional autoritario buscaba abandonar el esquema de patronazgo, ejercido desde la clientela adinerada, y al que se veían sujetos muchos de sus colegas alópatas. Debe resaltarse, no obstante, que el esquema de Jewson sobre el patronazgo médico es tomado en ocasiones de manera

acrítica en algunos de los estudios de este volumen. Los estudios históricos sobre la práctica médica han mostrado que amplias capas de la población nunca tuvieron el control en el encuentro clínico.

Los autores que presentan aportaciones en este primer apartado (Jütte, Schreiber, Stolberg, Dinges y Ritzman) hacen un uso extensivo de fuentes como la correspondencia, los libros de registro de consulta, y otro material manuscrito. A través de ellas, no sólo muestran los entresijos de la práctica hahnemanniana, sino todo un universo de concepciones y representaciones de la enfermedad que es posible explorar gracias a las fuentes utilizadas. A pesar de ello, las cautelas y los matices están omnipresentes. La riqueza que permite este abordaje heurístico no debe llevar a confundir la parte (los que utilizaban la consulta a través de correspondencia) con el todo (la práctica de la homeopatía). Especial interés muestra el capítulo que Iris Ritzman dedica a analizar la utilización de la homeopatía para el tratamiento de los niños.

El análisis, también a través de fuentes similares, se extiende en el siguiente apartado a otros espacios y tiempos. La utilización en Gran Bretaña, Rusia, Islandia, Dinamarca y Francia de la homeopatía durante los siglos XIX y XX es el objeto de cinco capítulos que tratan de mostrar la diversidad de la oferta homeopática y las características de los pacientes que acudían a ellos, utilizando, más o menos explícitamente, el marco conceptual del mercado médico, que viene siendo dominante en la historiografía del pluralismo médico durante las dos últimas décadas. Variables como la oferta de otros tipos de sanadores, la eficacia de otras alternativas terapéuticas, el costo de la consulta, la fama, son elementos que, como en cualquier estudio de pluralismo médico, son barajados en este caso. El «paciente homeopático» como usuario fiel y convencido de este tipo de doctrina médica se diluye en la evidencia presentada por estas aportaciones y por algunas de las agrupadas en el apartado siguiente, dedicado a estudiar las razones que llevaban a los pacientes a elegir la homeopatía como alternativa terapéutica.

Phillip A. Nicholls, gran conocedor de la homeopatía británica, nos ofrece un planteamiento sociológico de los pacientes que se acercaron a la homeopatía en el siglo XIX, prestando atención a la clase, el estatus y el género. La aportación de Nicholls trata de mostrar que la elección de acudir a la homeopatía no debe entenderse sólo como el fruto de una elección individual, sino como el resultado de la estructura social. Los más pudientes la usaron como una señal de distinción, como un marcador de estatus. Los pobres se acercaron a los muchos hospitales y dispensarios que ofrecían asistencia gratuita, bajo ciertas condiciones, porque era la única alternativa asistencial a mano. Las mujeres de clase media, por su parte,

utilizaron la automedicación y los numerosísimos tratados de popularización de la homeopatía como modo suave y adecuado de cuidar de la salud de su familia. Este enfoque, válido para otras épocas y circunstancias, supone una de las aportaciones más felices del volumen.

Complementando esta visión, al profundizar en las decisiones individuales, son muy interesantes los capítulos dedicados al análisis de las prácticas de homeópatas concretos como los que nos ofrecen Pétursdóttir para Islandia, Brade para Dinamarca, Fauré para la Francia de finales del primer tercio del siglo XX y Gijswijt-Hofstra para los Países Bajos de principios de la pasada centuria. Esta última autora, con su solvencia acostumbrada, utiliza el periodismo en contra del intrusismo y las fuentes judiciales para estudiar con detalle la práctica de dos homeópatas no autorizados que, a pesar de los numerosos encausamientos que sufrieron, continuaron ofreciendo sus servicios, adaptándose a las circunstancias del mercado médico y atrayendo pacientes que, pese a sus elevados honorarios, los consideraron una alternativa terapéutica posible para el alivio de sus dolencias. La utilización del microanálisis en estos estudios de caso permite captar con todos sus matices la complejidad de los comportamientos de la población frente a la enfermedad, la utilización simultánea de varias alternativas, y la búsqueda de la opción más adecuada en función de toda una serie de percepciones y experiencias previas que acercan, una vez más, la historia de la medicina a la antropología de la medicina.

La iniciativa de incluir estudios sobre los pacientes de la homeopatía en la actualidad a través de dos capítulos dedicados a Alemania y a Brasil resulta interesante en este sentido, pero los resultados no son muy halagüeños. La gran debilidad metodológica del estudio dedicado al usuario de la homeopatía en la Alemania actual invalida la mayoría de sus conclusiones. Mayor interés presenta el estudio de los usuarios brasileños, aunque no dejan de aparecer insuficiencias metodológicas y conceptuales que lastran el planteamiento del trabajo. Curiosamente, las debilidades de estos trabajos se hubieran superado, en gran medida, si hubiesen tomado en consideración el sumario conceptual que nos ofrece Gunnar Stollberg desde la sociología médica, como cierre al apartado dedicado a estudiar las elecciones de los pacientes.

Al mundo británico y norteamericano se dedican los tres últimos capítulos que estudian un tema recurrente en la historia de la homeopatía: la importancia de las asociaciones de pacientes y de la presencia de éstos en la arena pública para conseguir la continuidad y la provisión de la homeopatía, en circunstancias en las que esta doctrina médica estuvo amenazada.

En conjunto, pues, un volumen muy interesante, desigual como todos los libros colectivos, quizá en este caso de manera más acusada que en otras ocasiones, pero que nos ofrece una ventana de observación al mundo de la práctica médica y del punto de vista de los pacientes con una intensidad y variedad de enfoques no demasiado frecuente en la historiografía médica.

ENRIQUE PERDIGUERO GIL  
Universidad Miguel Hernández

Luise WHITE. *Speaking with vampires. Rumor and history in colonial Africa*, Berkeley, Los Angeles, London, University of California Press, 2000. ISBN: 0-520-21703-9.

Una línea de interés reciente en las ciencias sociales es el estudio de las formas culturales de percepción y negociación de la violencia padecida por los seres humanos. También la historia ha abordado este tipo de cuestiones. La revisión y controversia historiográfica, quizá con escaso eco en nuestro país, sobre el holocausto y los riesgos de convertir el sufrimiento en una abstracción, es una buena muestra del interés por historiarlo. *Speaking with vampires* aborda, particularmente, la respuesta cultural de algunas comunidades de africanos y africanas a la violencia, dominación e incertidumbre que supuso el colonialismo. Este libro también contribuye, como la propia autora señala, a una historiografía reciente interesada en el valor de la experiencia, una cuestión que incluye cosas aparentemente tan dispares como la memoria, lo corporal o qué constituye una prueba. Luise White utiliza como fuentes, en su texto, una serie de historias muy populares sobre vampirismo —historias de captura y sangre— recogidas en una vasta extensión de territorios del África central y del este, que en la actualidad se corresponderían con Kenia, Uganda, Tanzania, Zambia y la República Democrática del Congo.

El cruce de caminos metodológico —entre la etnografía y la historia oral— y disciplinar —entre la historia social y cultural o la antropología histórica— da un enorme valor a esta obra que transgrede límites disciplinares.

En la primera parte el texto propone reflexiones metodológicas de calado considerable y en las que conviene detenerse con algo más de detalle. Para White, los rumores de vampiros que utiliza como fuente histórica, habrían ayudado a las personas a comprender y reevaluar experiencias cotidianas incomprensibles, es decir, a afrontar las maneras en las que opera el poder y el conocimiento en regímenes violentos, como el colonial (p. 31). Estas

historias de vampiros serían algo así como un nuevo dialecto, nutrido con ideas procedentes de la brujería tradicional y nociones sobre el colonialismo que reflejarían situaciones de violencia ejemplificadas en lo que la autora llama *estados de extracción*. No existe, por tanto, una interpretación única que explique la popularidad y persistencia de estas historias que fueron extendiéndose bajo la denominación de *banyamata* o *wazimamoto*, neologismos surgidos en el periodo colonial. Los rumores, como la sangre extraída y abstraída de la que hablaban, tenían la flexibilidad de decir muchas cosas que se exploran a lo largo del libro. Por ejemplo, cómo los europeos habían traído, con su cultura, formas de reconocimiento articuladas a través del dinero, los nuevos significados médicos y religiosos adquiridos por la sangre o los sistemas de clasificación establecidos en función del color de la piel.

Quizá anticipándose a una de las principales objeciones que puede hacerse al texto, White señala que el uso de este tipo de fuentes remite a una disquisición más general sobre el valor de la verdad en el trabajo histórico y defiende que con el uso de los rumores como fuentes no se merman las bases materiales de una verdad histórica. Es decir, que la mediación del lenguaje no menoscaba los sucesos que describe pues es a través del habla como comprendemos las causas y las intenciones de lo que nos sucede (p. 33). En resumen, lenguaje y acontecimientos no son opuestos sino pares dialécticos en constante diálogo e interrogación mutua. Su defensa para el uso legítimo de este tipo de fuentes es explícita: reducir la discusión sobre la verdad contenida en los rumores de vampiros a una dicotomía verdad/ficción podría eclipsar otras formas más complejas de comprender la experiencia del pasado, es decir, de entender cómo las personas articulan y debaten maneras de dar sentido a sus propias vidas (p. 42). Como ha señalado Patrick Malloy en su reseña a *Speaking with vampires (Journal of Interdisciplinary History, 2001, 32, 155)* el texto propone una reinterpretación del valor de lo fantástico que la historiografía colonial había considerado como expresión de una falsa o simplemente nula conciencia de los colonizados. El texto, por tanto, cuestiona el pesimismo de algunas posiciones defendidas desde los Estudios Postcoloniales por autoras como Gayatri Spivak sobre la imposibilidad de darle voz al subalterno.

¿Cómo usa la autora estos rumores (fuentes)? Con diversas aproximaciones. En la segunda parte del libro —aborda en dos capítulos cuestiones laborales y médicas—, no utiliza los rumores como experiencias individuales ni testimonios sino cómo géneros literarios que comparten argumentos comunes más allá de culturas y fronteras coloniales. Estos rumores de vampiros que recogen historias sobre bocas vendadas o gasolina roja permiten acceder, según la autora, a la

experiencia que ocasionó la parafernalia tecnológica de la medicina colonial (capítulo tercero). La importancia concedida por los africanos a la medicina colonial habría que relacionarla con la dificultad para su obtención (largas jornadas de desplazamiento al centro, novedad de las instalaciones, etc.) más que a la percepción de su efectividad terapéutica. Estos tratamientos adquirirían su significado en el contexto local a través de la traducción a sus sistemas creenciales propios. Para la elaboración del capítulo cuarto, uno de los tres que abordan la explotación laboral, emplea, en lugar de fuentes de archivo, 130 entrevistas utilizadas como fuentes orales en su sentido más tradicional. Estas historias hablarían de condiciones de trabajo, de autoridad o burocracia colonial, de cómo concebían los trabajadores sus remuneraciones o del sin sentido de las rutinas del trabajo diario.

White explora en la tercera parte del libro las posibilidades interpretativas de los rumores de vampirismo, para poner de manifiesto las resistencias al poder colonial en cuestiones como la propiedad matrilineal de la tierra (capítulo quinto) —a través de rumores recogidos en Nairobi entre los años 1919 y 1939— o cómo las enseñanzas y las prácticas misioneras se introdujeron en estos rumores (capítulo sexto).

El capítulo séptimo ofrece un interés especial pues confronta el discurso científico occidental de la década de 1930 sobre la enfermedad del sueño (historias de microbios), utilizando fuentes de archivo que tradicionalmente la historiografía consideraría *apropiadas*, con los relatos de los africanos (historias de vampiros) habitantes de la zona. Ambas serían maneras negociadas de hablar de la enfermedad del sueño. Esta confrontación de fuentes ayudaría a superar lo que tradicionalmente hemos denominado, quienes hacemos historia colonial, la pesadilla ecológica de África que desencadenó el colonialismo. Desde el marco en el que se mueve White, el desastre ecológico sería un tropo, es decir una figura retórica desarrollada por el discurso científico médico para hablar sobre África a través del paradigma del desastre y la recuperación. Para White la historia ecológica de África necesita desplazar este paradigma. Esa propuesta la aborda resignificando el valor de los testimonios. Tanto el informe científico como el rumor serían productos culturales, con posiciones narrativas diferentes, de igual categoría pues ambos forman parte del mosaico fragmentado de ideas coloniales que revelan el desasosiego ante la enfermedad de grupos sociales específicos, las autoridades sanitarias en un caso y la población autóctona en el otro. Este abordaje entra, necesariamente, en la discusión del valor de las fuentes contenidas en los archivos metropolitanos. Estas fuentes no hablan de lo que les sucedía a los habitantes de las colonias sino, más bien, del proyecto colonial que intentó

recodificar las ideas locales en términos imperiales. Una remodelación que no logró totalmente el colonialismo como muestran los relatos de vampiros.

El capítulo octavo se centra en relatos muy detallados de vampirismo recogidos por la prensa local en Kampala en la década de los cincuenta. Estos relatos de vampiros fueron un foro para hablar de cuestiones como la política del rey que silenciaba la prensa inglesa, y las noticias sobre los juicios a vampiros eran una manera de disciplinar a los oficiales africanos de la corona inglesa. En el capítulo noveno vuelve de nuevo a la experiencia laboral para mostrar cómo, a través de rumores e historias más convencionales sobre canibalismo, pueden reinterpretarse las emigraciones como estrategias de resistencia de los propios trabajadores africanos.

La propia autora reconoce que *Speaking with vampires* no trata tanto del vampirismo en sociedades coloniales sino que, más bien, se trata de una obra que reflexiona sobre la escritura histórica. ¿Verdad o ficción? ¿Hechos o narrativas plurales? La salida a estas dicotomías vendría de la mano de aceptar que lo que importa no es tanto qué se estudia sino cómo se estudia. Es decir, cómo se constituye un sujeto histórico, con qué fuentes y con qué pruebas. No es una apuesta por el relativismo extremo pues las interpretaciones han de hacerse con precaución —aunque el texto contiene en ocasiones interpretaciones muy arriesgadas—. Es una apuesta por la indagación en fuentes desechadas por la historiografía tradicional, por conceder importancia a lo fantástico como una vía para comprender al subalterno y por romper la distinción entre fuentes e interpretaciones. La riqueza histórica de estas historias de vampiros residiría en su capacidad para establecer interrelaciones complejas para desvelar la vida y el pensamiento cotidiano, pues se ocupan de muchos campos de la realidad —del poder al cuerpo—. Pero riqueza también porque estas fuentes permiten interpretaciones más analíticas que ayudan a recontextualizar lo local. En definitiva un libro, si se me permite, historiográficamente insurrecto.

ROSA MARÍA MEDINA DOMÉNECH  
Universidad de Granada

Juan L. CARRILLO; Guillermo OLAGÜE. *La enseñanza de la anatomía en las universidades andaluzas (1800-1850)*. Edición facsímil del «Resumen de Anatomía» (Sevilla, 1828) de Joaquín Sánchez-Reciente, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2001, 41 p. + 187 p. + índice. ISBN: 84-472-0622-X.

El descubrimiento y recuperación bibliográfica del *Resumen de Anatomía* publicado en 1828 por Joaquín Sánchez Reciente posee un interés histórico multidimensional. Al simple valor implícito que posee la recuperación de una obra casi desconocida y poco citada en los repertorios bibliográficos al uso, se añaden las circunstancias que la hicieron posible, la significación de su autor y su contenido, que nos permite, como un prisma, observar a través suyo las circunstancias de una época, en este caso oscura, de la medicina y la enseñanza universitaria en España. Porque el *Resumen de Anatomía* de Sánchez Reciente no tenía otra intención ni destinatario que el estudiante universitario, en un período de represión ideológica y escasa producción científica en España.

Ese trabajo de erudición bibliográfica y de contextualización histórica es el que realizan con minuciosidad y oficio Juan L. Carrillo y Guillermo Olagüe, catedráticos de historia de la medicina respectivamente en las Universidades de Sevilla y Granada, en un capítulo introductorio que titulan «La enseñanza de la anatomía en las universidades andaluzas (1800-1850)», donde dedican sendos apartados a la enseñanza anatómica en Sevilla y Granada durante la primera mitad del siglo XIX y desvelan las circunstancias académicas que hicieron posible la publicación del librito.

En ese estudio introductorio se pone de manifiesto la etapa negra que atravesaba la sociedad española y el tenebroso ambiente universitario. La propia personalidad de Sánchez Reciente no podía ser más elocuente: aupado a la docencia universitaria como «sustituto de cátedra» de anatomía durante la etapa final de Francisco Sancho Bondía, su principal mérito era la fidelidad al más rancio conservadurismo antiliberal, que le llevó incluso a delatar por liberales a profesores del claustro médico, como Gabriel Rodríguez de Vera. Pero al oscurantismo ideológico hay que añadir la falta de profesionalización de quienes, como Sánchez Reciente, servían igual para enseñar anatomía que instituciones médicas o cualquier otra disciplina, lo que era especialmente frecuente en momentos de crisis social, penuria económica y convulsión institucional. No olvidemos que el Plan Pidal de 1845 acabó con el cierre de un buen número de facultades de medicina en toda España, entre ellas las de Sevilla y Granada. Algo semejante, aunque menos traumático fue lo

sucedido en Granada, desde una etapa floreciente al final de la Ilustración hasta la crisis y el hundimiento de la facultad de medicina durante el reinado de Fernando VII. En este caso, el cierre apenas se prolongó un quinquenio, pero el nivel académico y las persecuciones ideológicas no eran muy diferentes a las ocurridas en Sevilla. Por todo ello, el estudio introductorio de Carrillo y Olagüe es una magnífica antesala de lo que después encontraremos en una obra científicamente mediocre, menor y libresca, cuyo principal mérito no es otro que el de resumir unos contenidos académicos que carecen de cualquier intención pedagógica.

Con independencia de su valor histórico como testimonio de una época, ni una sola imagen ilustra las rancias descripciones de los huesos, los músculos, la adenología, la angiología, los linfáticos, los nervios, los tegumentos, los órganos del sistema nervioso, las sensaciones, las estructuras anatómicas de las cavidades torácica y abdominal, los órganos de la reproducción, el desarrollo embrionario y la organización del feto. El desarrollo del saber anatómico se presenta sin solución de continuidad, de acuerdo con el patrón expositivo clásico y con pocas intenciones didácticas que no sean la mera retención de un saber descriptivo.

El librito editado en su tamaño original en cuarto, con un tipo de papel grisáceo y los cantos de hoja en azul, posee una cuidada encuadernación artesanal en pasta a partir del ejemplar existente en la Biblioteca Pública del Estado, en Albacete, por lo que constituye un magnífico objeto bibliográfico que hará las delicias de los amantes del libro antiguo. Debemos, pues, felicitarlos por la recuperación de un texto científico muy poco conocido y por un excelente trabajo de edición, que lo pone en perfectas condiciones al servicio de personas investigadoras y bibliófilas.

JOSEP LLUÍS BARONA  
Universidad de Valencia

Montserrat CABRÉ; Teresa ORTIZ (eds.). *Sanadoras, matronas y médicas en Europa. Siglos XII-XX*, Barcelona, Icaria, 2001. ISBN: 84-7426-490-1.

Lo primero que hay que señalar de este libro es que demuestra, como bien señalan las autoras en la introducción, que escribir una historia propia de la práctica médica de las mujeres ha dejado de ser un gesto para convertirse en una fructífera línea de investigación. Así, a partir del impacto que han supuesto en la historiografía las nuevas perspectivas teóricas del feminismo

académico, se aborda el estudio histórico de los saberes y de las prácticas de salud de las mujeres en Europa desde el siglo XII a principios del siglo XX, línea de trabajo que hasta ahora sólo contaba en España con las aportaciones de un pequeño núcleo de especialistas en publicaciones muy dispersas.

Tomando como punto de partida una serie de artículos aparecidos originalmente en un monográfico de la revista *Dynamis*, se han seleccionado y traducido al castellano los dedicados al ámbito europeo y se ha tratado, a partir de la inclusión de otros publicados con anterioridad en esta misma revista, de representar todas las líneas de investigación en las que se está trabajando en estos momentos. Cabe señalar que son todos trabajos de investigación originales y que, en muchos casos, son el producto de análisis en profundidad previos. Con todo esto, las editoras pretenden hacer accesible a un público amplio y de diversas disciplinas e intereses, estudios relativos a un tema poco abordado desde esta perspectiva.

El libro está dividido en tres partes. En la primera, titulada «La pluralidad de saberes y prácticas de las sanadoras, siglos XII-XVII» se estudian cinco casos de práctica médica femenina. En concreto, Monica Green hace un innovador estudio, combinando distintas técnicas historiográficas, de los textos de Trota de Salerno e Hildegarda de Bingen. Montserrat Cabré y Fernando Salmón estudian, a través del juicio a Jacoba Félicé, un buen ejemplo del inicio de los conflictos que generó el ejercicio de la medicina por parte de las mujeres en un momento en que estaban tomando cuerpo los procesos de regulación profesional de la práctica médica. Este mismo tema, pero en un periodo posterior (los siglos XVI y XVII), cuando dicho proceso ya había madurado e incidido de forma negativa en la participación femenina en el mercado sanitario y en la educación médica reglada, es del que se ocupan los otros tres trabajos, el de A. Klairmont-Lingo situado en Lyon, el de J. Hellwarth en Inglaterra y el de G. Pomata en Bolonia.

La segunda parte con el título «Las matronas: conflictos y estrategias», está dedicada en exclusiva a las matronas, aunque los tres trabajos que la componen hacen referencia a ámbitos geográficos y cronológicos muy diferentes. Así, a través de los estudios de Sheridan sobre la matrona real del siglo XVII Louise Bourgeois, el de Teresa Ortiz sobre Luisa Rosado en la España ilustrada, y el de Maxine Rhodes sobre las matronas inglesas de la primera mitad del siglo XX, se puede obtener una buena perspectiva de la evolución de la práctica de las matronas, y de las diferentes coyunturas en que discurrió el ejercicio y regulación de esta profesión.

La tercera parte analiza las trayectorias profesionales e intereses intelectuales de las médicas universitarias en el tránsito del siglo XIX al XX.

Los tres artículos están dedicados a la educación de las mujeres según las primeras doctoras españolas, a la práctica sanitaria y el ejercicio en la Clínica de Médicas de Berlín, y a la actividad de las médicas rusas a través de sus publicaciones. Es decir, trabajos donde se reconstruyen las ideas, formación y ejercicio profesional de algunas de las primeras mujeres que accedieron a una formación médica reglada y universitaria.

A lo largo del libro, pese a la ya señalada diversidad de temas y de periodos históricos abordados hay una serie de aspectos comunes, lo que sin duda contribuye a darle uniformidad y sentido. En primer lugar, hay que hablar de la existencia de unos planteamientos teóricos, metodológicos e historiográficos comunes. Por otra parte, hay una serie de temas también comunes, de los que quizás el más repetido, en especial en las dos primeras partes, sea los problemas derivados de la falta de fuentes históricas, los pocos rastros documentales que se han conservado sobre las mujeres que ejercieron una forma u otra de medicina. Esto ha llevado a que, en prácticamente todos los artículos, se recurra a *case studies* que ilustren una tendencia, ya que su existencia y el contexto histórico en el que se enmarcan implican que no puede tratarse de casos y hechos aislados, que debería haber más mujeres en esa misma situación pero que no han dejado rastro documental. A este respecto una de las autoras llega a señalar la «sospecha» de la frecuencia de las prácticas médicas femeninas incluso a partir del siglo XVI, cuando la mayor institucionalización del control y de la práctica de la medicina había llevado a las mujeres aún más a la sombra. Así, aparecen muy buenos ejemplos de cómo usar las fuentes de la represión para poder conocer el pasado de quienes no hablan por sí mismos, entre los que se sitúan muchas mujeres que ejercieron tanto en el mundo médico académico como en el extraacadémico.

Por otro lado, aparece claramente reflejada una perspectiva nueva, en el estudio de las profesiones y ocupaciones sanitarias, en la que se estudia el papel de las mujeres en el complicado mundo del pluralismo médico. Mujeres que aparecen como protagonistas y que no habían sido tenidas en cuenta tradicionalmente más que como meras comparsas en un mundo masculino, diferenciándose, además, su distinto grado de profesionalización o tipo de prácticas más habituales. En esta misma línea, se plantea el tema de las profesiones y de su misma definición, para situar en este marco teórico a las mujeres como personal que realizaba actividades en relación con la salud y la enfermedad. Este último tema quizás sea en los tres capítulos agrupados bajo el epígrafe de matronas en el que cobra mayor protagonismo, por la propia evolución y características del colectivo estudiado. Un último argumento común, no menos importante, son las diferentes y cambiantes relaciones de

las mujeres que se dedicaron a la práctica médica desde el siglo XII al XX con el poder establecido.

En conclusión, creo que las editoras han conseguido en gran medida el propósito de publicar un libro en castellano accesible para un público amplio que no accede a revistas especializadas en historia de la ciencia, y de una lectura fácil y dinámica pese a la rigurosidad y a lo especializado del tema.

MARÍA LUZ LÓPEZ TERRADA

Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero,  
Universidad de Valencia-C.S.I.C.

Ramón CASTEJÓN BOLEA. *Moral sexual y enfermedad. La medicina española frente al peligro venéreo (1868-1936)*, Granada, Universidad de Granada-Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Albert», 2001, 296 pp. ISBN: 84-338-2796-0 [13.87 €].

El texto recensionado está sin duda destinado a convertirse en la monografía clásica e insoslayable sobre la historia de la lucha antivenérea en la España contemporánea. Se trata además de una investigación que trasciende el análisis puramente «internalista» de los descubrimientos teóricos y terapéuticos en materia venerológica seguidos en su recepción española. Se está ante una verdadera historia social, que es el emplazamiento más adecuado para adentrarse en una región donde los avances del saber médico se combinan con la invención de nuevas maneras de gobernar a las poblaciones. En esta estela, junto a los hallazgos técnicos y conceptuales, el relato convoca la presencia de las transformaciones jurídicas, organizativas y pedagógicas, situando todo el conjunto en el escenario de las representaciones culturales de la salud y de la enfermedad. Por esta razón el volumen es también una aportación crucial a ese terreno colindante con la historia de la medicina que es la historia de la sexualidad en su variante española. El lector interesado por esta temática puede encontrar aquí análisis muy reveladores a propósito de las actitudes sociales ante la prostitución, la educación sexual, la construcción de la sexualidad masculina y femenina y los procedimientos destinados a gestionar la salud sexual colectiva.

El encuadre cronológico no es arbitrario. Corresponde aproximadamente al periodo que va desde la expansión de los reglamentos del lenocinio y la

«higiene especial», mediado el siglo XIX, hasta el despegue de la moderna profilaxis antivenérea en el curso de la Dictadura primorriverista y de la Segunda República. El momento final coincide con el comienzo de la Guerra Civil y con la efímera vigencia de la política abolicionista establecida en 1935. Como se sabe, el franquismo restauraría de inmediato la prostitución reglamentada.

El libro está dividido en cuatro amplios capítulos. En el primero se siguen meticulosamente los cambios legislativos y administrativos concernientes a la política sanitaria de la prostitución. Ésta era considerada por los contemporáneos como el principal foco de contagio venéreo. Se reconstruye la participación de los médicos en el debate entre prohibicionistas, abolicionistas y reglamentistas, y se indican las líneas maestras apuntadas en este proceso: creciente impulso centralizador en la normativa sanitaria, progresiva separación de las competencias médicas respecto a las policiales, tendiendo a prevalecer las primeras, y paulatinos aunque lentos avances de la opción abolicionista entre los facultativos. Aquí se pasa revista también a las enconadas pugnas en torno al reconocimiento del delito de contagio venéreo, el certificado médico prenupcial y la revisión médica forzosa, cuestiones que tienen como trasfondo el enfrentamiento entre las visiones liberal y securitaria (teoría de la «defensa social») del orden jurídico.

El segundo capítulo da cuenta de los aspectos organizativos y asistenciales. Por una parte se analiza el proceso de constitución de las Inspecciones de Sanidad, reemplazando a las añejas secciones de higiene especial. Por otro lado se rastrea la difícil gestación de un cuerpo de médicos especializados en la lucha antivenérea. Pero el verdadero acontecimiento en la historia de la asistencia lo constituye la instauración de los dispensarios de profilaxis antivenérea. Su difusión por todo el territorio nacional, en el curso de los años veinte y treinta, desempeñó un papel decisivo, no sólo en el aspecto puramente terapéutico, sino en la erosión de una mentalidad colectiva que asociaba las «enfermedades vergonzosas» con el pecado y el crimen. El examen practicado en el dispensario contrastaba así con la hospitalización en la sala o en el sifilocomio, gesto que seguirá manchado por el estigma a los ojos de la población.

El tercer capítulo es uno de los mejores momentos del texto. En él se explora la historia y la lógica de las estrategias desplegadas para prevenir los contagios venéreos más allá de la rutinaria inspección realizada en los burdeles. Las primeras formas de propaganda —aquí se destaca el trabajo pionero de Juan de Azúa— se habilitaron en España a fines del siglo XIX, y consistían en «avisos sanitarios» impresos que debían ser difundidos en

los hospitales, consultas, cuarteles y casas de prostitución. Al mismo tiempo se empezaban a divulgar técnicas diversas para la prevención individual. La visión estigmatizadora tuvo una importante aceptación entre los propios médicos. Estos tendían a privilegiar el fomento de la abstinencia sexual por encima de los remedios físicos —como el condón— y químicos —como las pomadas e inyecciones pre y poscoitales. Estos últimos sólo llegaron a gozar de cierta aplicación en el medio militar tras la exitosa experiencia norteamericana durante la Primera Guerra Mundial. Al mismo tiempo se adoptaban las medidas legislativas y administrativas pertinentes para la persecución del charlatanismo y del intrusismo, a menudo practicado por médicos no especialistas. En este asunto de la prevención, como en tantos otros, la década de los veinte supondría un punto de no retorno. En 1928, el Comité Ejecutivo Antivenéreo puso en liza una campaña propagandística a gran escala, que implicaba el recurso a las conferencias, el cine, los folletos, los carteles, la difusión radiofónica, etc. Esta iniciativa prolongaba la tarea iniciada unos años antes por algunos dispensarios para hacer llegar las medidas preventivas al conjunto de la población. La profilaxis antivenérea formaba parte asimismo del amplio programa de educación sexual defendido desde distintos sectores intelectuales en los años veinte y treinta. Se conoce la participación de psiquiatras, pedagogos, juristas y pediatras en este proyecto; Castejón descubre y glosa ampliamente la intervención de los venerólogos. No obstante, estas pretensiones en la esfera educativa y propagandística quedarían sensiblemente mermadas al tropezar con la escasez de los medios disponibles y la resistencia de las autoridades —incluida la mayoría de los galenos— y de buena parte de la población. La formación sexual quedaba en último término identificada con la «educación de la castidad».

El último capítulo se adentra en el universo castrense, intensamente involucrado en el combate antivenéreo. El texto da cuenta de la creciente sensibilidad —entre mediados del siglo XIX y la Guerra Civil— de los mandos y de los agentes sanitarios de la Armada y del Ejército ante el problema que representaban estas enfermedades (blenorragia, sífilis, chancro blando). Éstas no sólo restaban poderío físico a la tropa —y a través de ella a la descendencia y a la «raza» como proclamaban los teóricos del «degeneracionismo»— sino que lo prolongado de las estancias hospitalarias arrostraba una verdadera sangría para las arcas militares. Castejón utiliza sabiamente las abundantes y cronológicamente prolongadas series estadísticas sanitarias del Ejército y de la Armada —estas últimas más completas y fiables— reconstruyendo las fluctuaciones de las asistencias e ingresos hospitalarios según las distintas patologías venéreas. En todos los casos, y salvo alzas ocasionales, se aprecia una sensible disminución de estas enfermedades conforme se avanza en la

década de los años veinte y treinta, en abierto contraste con las cifras de comienzos de siglo. Por otro lado, las condiciones de la disciplina militar facilitaban un ceñido control sanitario. En este aspecto, los soldados y los marineros, junto a las prostitutas, han funcionado como un banco de pruebas para la higiene y la profilaxis del «peligro venéreo». Se efectúa entonces una completa exploración de las prácticas obligatorias extendidas en el Ejército y en la Armada —prevención individual y reconocimiento médico prescriptivos— y un análisis de la precoz utilización del «salvarsán» —cuyo descubrimiento fue anunciado por Ehrlich en 1910— en este medio. Por último, se sugiere una fecunda pista que permitiría conectar la historia cultural de la profilaxis con la historia de la identidad masculina. Castejón señala una transformación importante que afecta a la imagen de la virilidad transmitida a la tropa a través de la propaganda contra el contagio. A partir de los años veinte se trata de invertir los vínculos tradicionalmente establecidos entre rijosidad sexual y masculinidad. El soldado que se vanagloria de sus proezas sexuales y que exhibe sus chancros y pústulas como si se tratara de heridas de guerra —aquí se advierte la presencia de una continuidad secular con los «relatos en loor de las bubas» publicados en el siglo XVI— aparece retratado, en la nueva propaganda, como el negativo del militar viril, austero y continente, que ocupa su tiempo libre en actividades saludables y formativas.

El volumen incluye un apéndice documental que recoge los *Avisos Sanitarios* presentados en 1894 por Juan de Azúa, un apéndice cronológico donde se siguen los hitos de la lucha antivenérea entre 1836 y 1937 y un apéndice biográfico donde se registran las informaciones disponibles sobre la vida y la obra de los diversos facultativos españoles implicados en el proceso que se estudia. Un material sumamente útil que sirve de complemento a una investigación ejemplar. En ella el autor combina con tino el análisis estadístico y la exégesis de los testimonios, apoyándose en una espléndida variedad de fuentes primarias (tratados y revistas médicas, anuarios estadísticos, fotografía, filmografía, iconografía, textos literarios) y en el empleo, a menudo a efectos de comparación, de los mejores estudios internacionales sobre el problema.

FRANCISCO VÁZQUEZ GARCÍA  
Universidad de Cádiz

Ricardo CAMPOS MARÍN; José MARTÍNEZ PÉREZ; Rafael HUERTAS GARCÍA-ALEJO. *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y degeneracionismo en las España de la Restauración (1876-1923)*, Madrid, CSIC, 2000. ISBN: 84-00-07906-X.

Este libro representa la síntesis de una línea de investigación de larga andadura para los autores. El degeneracionismo es una de esas cuestiones queridas por cierto tipo de historiografía interesada en la vertiente más represiva (y productiva a la vez) del discurso médico y, también, por las confluencias de la biología, la medicina y los discursos de normalización. Dada la resonancia del degeneracionismo en la sociedad española, no es de extrañar que haya sido identificado como problema histórico clave, como muestra esta monografía. Los autores, en este texto, optan por acercarse al problema usando, alternativamente, historia de las ideas médicas e historia social, permitiéndonos conocer en profundidad los entresijos del discurso científico *degeneracionista* producido por médicos españoles y, en un capítulo final, las interpretaciones que los partidos socialista y anarquista hicieron de la cuestión.

En el primer capítulo se aborda la incorporación en España de las ideas sobre el degeneracionismo procedentes del alienismo francés, a través de B. A. Morel (1809-1873) que recopiló, según los autores, tanto las ideas de herencia disimilar de Prosper Lucas como la concepción lamarkiana del evolucionismo. Más tardíamente se incorporaron también las ideas darvinistas para configurar el degeneracionismo, no tanto como una desviación respecto al *hombre ideal*, sino como un movimiento contrario a la naturaleza que, en lugar de hacer progresar al ser humano, lo retrasaba hacia un lugar más *primitivo*, menos perfecto. De esta manera, en la medicalización de la idea de decadencia biológica, el alienismo encontró una explicación a la enfermedad mental a lo largo de la segunda mitad del XIX. Sin embargo, no hay que confundir la aceptación del degeneracionismo para explicar la enfermedad mental, explicación que aún tenía eco en la década de los cuarenta del siglo XX español, con la incorporación de las teorías biológicas de la herencia. La mayor parte de los psiquiatras permanecieron anclados a las ideas sobre el plasma germinativo más que adheridos a las más recientes teorías de la herencia por la más tardía configuración de la genética médica en España.

La aceptación del degeneracionismo tuvo mayores aplicaciones para la vertiente médico-legal del alienismo español que para la clínica, como exploran los autores en el segundo capítulo. En cierta forma, el segundo capítulo puede considerarse un ejemplo del proceso de configuración de

una especialidad médica, en este caso el alienismo, así como un estudio de cómo se construyó la definición de *criminal*. La clave teórica que permitió configurar un conocimiento experto alrededor de la locura fue, inicialmente, el concepto de *monomanía* para ser finalmente sustituido por el de *degeneración* por su mayor eficacia argumentativa.

Frente a la monomanía, el degeneracionismo proporcionaba la probabilidad de explicar *físicamente* las causas de la criminalidad, ajustándose a la fuerza argumentativa de los nuevos regímenes de visibilización propiciados por la medicina de laboratorio. La clave social de los alienistas fue la de convencer de su utilidad médico-legal frente a los propios juristas. Aquí se traza el vínculo, ya conocido desde los trabajos clásicos de Foucault y Castel, y en nuestro terreno de Álvarez Uría, entre la psiquiatría y el aparato legal del estado, es decir la configuración de un modelo médico-biológico de criminalidad. Como es bien conocido, una idea científica tiene mayores posibilidades de éxito cuanto más efectiva, útil y aceptada sea en diversos ámbitos. De manera que el degeneracionismo tuvo utilidad profesional para definir un espacio de conocimiento experto con la *objetividad* de lo visible y crudamente físico; una utilidad legal y de gobierno para la definición del criminal y una aceptación social y cultural, aspecto este último quizá poco desarrollado en esta obra. El testimonio de Ángel Pulido de 1881 que recogen los autores (p. 88) no puede ser más elocuente para mostrar cómo se legitimó el alienismo al mostrarse efectivo para la identificación *científica* de la criminalidad, desde supuestos anatómicos y fisiológicos. Pulido, frente a «controversias psicológicas» o «disquisiciones escolásticas» sobre la locura, daba la bienvenida a la orientación positivista del alienismo, basado ahora en la clínica y el laboratorio y que, en lugar de argumentar, «suma hechos para deducir leyes». Pero el proceso de legitimación no sólo estuvo dirigido a la audiencia médica sino también hacia los propios juristas y en esto residió el escollo argumentativo principal de la degeneración pues cuestionaba el libre albedrío y, sobre todo, su determinismo biológico extremo obligaba a declarar irresponsables a los criminales. La salida argumentativa, representada por Lecha-Marzo, es una buena muestra del inextricable entrelazado de las ciencias médicas con las jurídicas. El sujeto degenerado —identificado por rasgos físicos como las muelas, la mandíbula y la similitud con los simios— o bien poseía una responsabilidad atenuada, como defendían Dolsa u Ots hacia 1895 o, bien, como señalaba Lecha-Marzo algunos años después (1911), su débil voluntad como degenerado hacía su cerebro más vulnerable al castigo ejemplar carcelario. De esta manera se entraba en el territorio de la psicología criminal de la mano de las antropología física de la degeneración.

Quizá algo más confusos en la argumentación sean los siguientes capítulos. El capítulo tercero se acerca a la incorporación de la figura de la infancia al debate del degeneracionismo. El capítulo intenta seguir la transición de ideas desde el determinismo del estigma físico a la incorporación inicial de ciertas causas sociales en la discusión sobre el «niño golfo».

La discusión sobre la demencia precoz, incorporada ya la nosografía kraepeliniana en la segunda década del siglo XX, muestra el inicio de propuestas higiénicas para la prevención en algunos alienistas españoles como Lafora. Es, precisamente, en estos aspectos higiénicos en los que se centra el capítulo cuarto. Aunque las vinculaciones de la pobreza a la degeneración eran ya explícitas en los discursos finiseculares de los médicos higienistas, la higiene entendió que la degeneración progresiva hereditaria conllevaría la degeneración de la raza, de la que ya se encontraban signos en la escasez de talla y la esterilidad de sectores de la población. La degeneración estaría producida por causas o enfermedades sociales (alcoholismo y tuberculosis). Las dos herramientas de intervención social que propugnaron los higienistas, a lo largo de las primeras décadas del XX, fueron, para unos, la mejora de las condiciones de vida y, para otros, la eugenesia. Especial interés tiene en el capítulo el análisis sobre la propuesta de ley para la creación del certificado prematrimonial como medida eugenésica estatal. Una redacción más esmerada —a veces se confunde la voz de las fuentes con las de los autores— y un aparato crítico más elaborado hubieron dado mayor hondura argumentativa a las fuentes utilizadas sobre todo en los aspectos relativos a la construcción patriarcal de *la mujer* y, también, a la cuestión de *la raza* cuyo estudio histórico en profundidad en el caso español está aún pendiente.

El libro se cierra con un capítulo de interés que desentraña —a través del estudio de las analogías sociales del discurso médico y la apropiación de la idea de *degeneración* por socialistas y anarquistas— el entretrejado social inextricable, complejo y contradictorio del degeneracionismo. La analogía entre degeneración biológica y social fue un enérgico motor discursivo que incluía también la materialidad del atraso sanitario del país. Si el discurso de higienistas y médicos sociales ponía el énfasis en el determinismo biológico de la degeneración, el discurso político invertiría el orden subrayando las condiciones sociales del capitalismo como causantes de la degeneración de la raza y, por ende, de la sociedad española. Sin embargo, también se recurría al determinismo biológico, en ocasiones, para explicar la degeneración de la burguesía.

Como señalan los autores, sobre el auge social del criminal como «figura central» en la segunda mitad del XIX, el poder del degeneracionismo residiría

en su capacidad para «ocultar casi sistemáticamente [a la sociedad] la innegable repercusión de los cambios sociales que la instauración de un nuevo modo de producción imponía sobre determinados comportamientos humanos» (p. 107). A mi entender el libro se habría beneficiado de un mayor desarrollo de este marco explicativo general y sus peculiaridades en el contexto español. Más allá del papel legitimador de la medicina al encubrir las causas estructurales de la conmoción social, el degeneracionismo plantea también otra cuestión relevante al reflexionar sobre las relaciones entre ciencia y sociedad. Me refiero a la manera en la que la ciencia, inmersa en la trama de relaciones complejas de cada época, configura sus preguntas. En este sentido se echa de menos la puesta en relación de estas teorías científicas con ciertos aspectos culturales socialmente relevantes en el periodo estudiado. Como la producción histórica reciente ha venido mostrando, el clima cultural de fascinación por los monstruos en el siglo XIX que las nuevas tecnologías de visualización —la fotografía, los museos, los circos o las desarrolladas específicamente por las ciencias médicas— estaban exhibiendo en espectáculos de enorme repercusión social, es una buena muestra de la conmoción causada no sólo por el industrialismo, sino también por el imperialismo, en los modelos tradicionales de identidad individual y social en una incipiente sociedad de masas. Este trasfondo del proceso histórico de individuación e identidad que buscaba la identificación de un «otro» ajeno (obrero, negro, colonizado, mujer o niño, etc.) para la reconstrucción propia, habría inspirado y moldeado las explicaciones proporcionadas por la teoría científica de la degeneración. Pero, a la par, estas teorías científicas habrían contribuido tanto a legitimar el poder opresivo de las nuevas estructuras de gobierno como a «producir» nuevos sujetos.

ROSA M.<sup>a</sup> MEDINA DOMÉNECH  
Universidad de Granada

Josep Lluís BARONA VILAR. *Salud, enfermedad y muerte. La sociedad valenciana entre 1833 y 1939*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2002, 412 pp. ISBN: 84-7822-373-8.

Los estudios de casos son una herramienta de gran utilidad perfectamente integrada en la historiografía científica. La perspectiva microanalítica permite profundizar y facilita la pluralidad de los acercamientos. Este es el punto de partida de la presente monografía que pretende ofrecer un modelo de análisis histórico que pueda servir de referencia a estudios similares. La aportación más importante es posiblemente la reconstrucción de los

aspectos médico-sanitarios de la sociedad valenciana del periodo investigado a través de la integración de todos los factores que influyen en la salud y el bienestar. Desde este punto de vista se presentan los datos demográficos y epidemiológicos, los condicionantes sociales de la salud, los condicionantes culturales, la organización asistencial, las políticas de salud y el discurso médico sobre las enfermedades sociales y la salud pública. Algunos de estos aspectos ya habían sido abordados en trabajos anteriores del propio Barona o de las personas que integran un grupo de investigación estable dentro del Departament d'Història de la Ciència i Documentació de la Universitat de València (véase, por ejemplo, Josep Lluís Barona Vidal [comp.], *Polítiques de salut en l'àmbit municipal valencià [1850-1936]. Professionals, lluita antirràbica, higiene dels aliments i divulgació científica*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència [Colección Scientia Veterum], 2000). La novedad estriba, como comentábamos arriba, no sólo en la incorporación de elementos no estudiados con anterioridad, sino en la voluntad de integración de todos los aspectos posibles y sus múltiples interconexiones. Para ello es obligado camino de tránsito el recurso a fuentes de procedencia muy variada: documentación procedente de los archivos locales y provinciales, periodismo y monografías impresas y manuscritas y una excelente y exhaustiva bibliografía crítica. A destacar también, la inclusión de informes y otro tipo de documentos procedentes del *Rockefeller Archive Center* sobre la situación sanitaria en España y los programas de cooperación en salud pública que hacen referencia explícita a Valencia, como los contenidos en el conocido y muy interesante informe realizado por Charles Bailey y que ha sido, como es bien sabido, estudiado por Rodríguez Ocaña, Bernabeu Mestre y el propio Barona.

Tomando como punto de arranque los datos demográfico-sanitarios obtenidos a través, principalmente, de informes como los de F. Murillo, Revenga o Martín Salazar, boletines sanitarios municipales y fuentes estadísticas, plantea Barona una suerte de diagnóstico de salud *avant la lettre*, revisando los grandes indicadores de demografía sanitaria y epidemiología en el periodo objeto de estudio en el espacio valenciano. Dicho diagnóstico incluye la visión de una sociedad en plena transición epidemiológica con cambios evidentes entre las décadas de la segunda mitad del ochocientos y las propias de los años veinte y treinta del siglo XX. Disminución de la mortalidad general, crecimiento natural de la población, aumento de la esperanza de vida y descenso de la mortalidad en menores de cinco años, serían sus rasgos más característicos. Una novedad, que no está presente en este tipo de trabajos, es la inclusión, si bien de forma breve, de uno de los conceptos más novedosos en la literatura epidemiológica como es la llamada «transición de riesgos», en la que se hace hincapié de forma especial en los cambios en las condiciones de vida y los

riesgos inherentes como el tránsito de un sistema rural a urbano o los referidos a la actividad laboral, que influyen sobre las variaciones en los tipos y modos de enfermar de la población.

Los condicionantes sociales de la salud de los valencianos son relacionados directamente con los procesos de modernización bien estudiados por los historiadores de la economía. Como elementos fundamentales en este proceso y que son puestos de relieve aquí destacaremos las características del crecimiento económico; la evolución demográfica de la ciudad; la transformación de infraestructuras, equipamientos y fuerza de trabajo y las estrategias políticas. Su correlato sanitario con todos los aspectos abordados de ingeniería sanitaria —como las relativas al abastecimiento y evacuación de aguas— la situación higiénica de mataderos y mercados y, como telón de fondo, la miseria de las clases populares, explican en gran medida los datos que muestran las estadísticas sanitarias. Junto a los condicionantes sociales, son recogidos en la obra los condicionantes culturales, muy en especial los conocimientos y las prácticas populares que intentaban ser modificadas, por parte de los higienistas, en aquellos aspectos que se consideraban dañinos para la salud. Junto a los ya conocidos elementos culturales en temas de la salud materno-infantil, es muy interesante la aparición de una serie de elementos relacionados con las percepciones de la salud, la enfermedad y las condiciones de vida. En este sentido, Barona recoge la creciente percepción por parte de la población de los beneficios ocasionados por mejoras tales como las infraestructuras de salubridad de las aguas, la alimentación y las decisiones políticas como las campañas de vacunación o de desinfección. La presencia de lo que Barona rotula como «situaciones intolerables», como el trabajo infantil o los accidentes de trabajo, en capas cada vez más amplias de la población, explica y empuja los cambios hacia situaciones de búsqueda de mejora de las condiciones de vida y de salud.

El entramado de instituciones asistenciales, desde las propias de un sistema de beneficencia al conjunto de hospitales, laboratorios e institutos de higiene, son analizadas en conjunto, incorporando de forma muy acertada trabajos de investigación anteriores como los de M. J. Báguena sobre diversos aspectos concernientes a la vacunación antirrábica o la lucha antituberculosa y los de C. Barona sobre la organización sanitaria del entorno rural valenciano. El capítulo V sobre las políticas de salud incluye, en primer lugar, el marco normativo de la administración sanitaria periférica y una descripción detallada de las luchas y cruzadas sanitarias, todo ello bien contextualizado en el marco estatal e internacional de la salud pública. Finalmente, el autor identifica los rasgos más característicos del discurso médico sobre las enfermedades sociales

y la salud pública, discurso que por su cercanía a otro tipo de opiniones de médicos e higienistas de otros entornos geográficos, puede considerarse representativo de algunas de las corrientes de opinión que se plantearon en los debates sobre la salud de la población proletaria, las reformas urbanas, la mortalidad infantil o la prostitución.

Más allá de los límites cronológicos marcados en el estudio, la obra finaliza con un capítulo sobre enfermedad y muerte en la Guerra Civil, con materiales procedentes fundamentalmente de dos informes sobre la situación sanitaria de España: el de la Fundación Rockefeller de 20 de agosto de 1939 y el *Rapport sur la situation épidémiologique de l'Espagne pendant l'année 1939* del director general de salud del bando vencedor de la contienda, J. A. Palanca. El enorme interés y las novedades que allí se apuntan, amén de tratarse de un periodo en el que faltan por llenar bastantes lagunas dentro de la investigación histórico-médica, haría deseable que este tema se incorporara a la agenda de los próximos trabajos del autor.

ROSA BALLESTER AÑÓN  
Universidad Miguel Hernández

María Jesús SANTESMASSES. *Entre Cajal y Ochoa. Ciencias biomédicas en la España de Franco, 1939-1975*, Madrid, CSIC [Estudios sobre la ciencia, 28], 2001, 203 pp. ISBN: 84-00-06013-X.

La producción historiográfica sobre la ciencia y la técnica en la España franquista sigue estando necesitada de atención preferente. Precisamente, María Jesús Santesmases ha venido realizando importantes contribuciones en la última década a la comprensión de los procesos de institucionalización de las ciencias biomédicas en nuestro país, de las que se nutre en buena medida el texto que nos ocupa. *Entre Cajal y Ochoa* explora los desarrollos e institucionalización en nuestro país de tres disciplinas biomédicas como la neurofisiología, la bioquímica y la biología molecular. Una elección que la autora justifica por la contribución de dichas disciplinas al establecimiento de la experimentación biomédica en nuestro país y por la propia vinculación epistémica y metodológica existente entre ellas (p. 3).

La autora suscribe plenamente la tesis internacionalista a la hora de explicar el desarrollo y consolidación de la investigación biomédica en nuestro país. El espacio internacional es el ámbito de legitimación de las nuevas disciplinas y el que modula sus tendencias y desarrollos. El ámbito internacional es el referente de «modernización» y el motor que explica —

éste es el núcleo del libro— el papel «superador del atraso» desempeñado por un conjunto de investigadores e investigadoras españoles que accedieron a estancias de investigación en el extranjero. Dichas estancias posibilitaron la actualización disciplinar y la asimilación de las corrientes internacionales, así como la socialización de los investigadores en culturas de trabajo científico y de difusión de los resultados y promoción de la investigación ajenas a la tradición académica dominante en nuestro país. Internacionales fueron también los ámbitos de reconocimiento de la labor investigadora de Cajal y Ochoa, con la concesión de sendos premios Nobel en 1906 y 1959, respectivamente, que actuaron como catalizadores y legitimadores de la institucionalización de la investigación biomédica en España.

El análisis de los procesos de consolidación de las citadas disciplinas que nos ofrece la autora presta así mismo atención a los factores locales. El libro toma en consideración los procesos de depuración de científicos tras la Guerra Civil, que junto al exilio diezmaron las universidades y afectaron de manera llamativa a los discípulos de Cajal; la política de selección de personal y creación de nuevos centros del CSIC desarrollada por José María Albareda, su director general desde 1939 —fecha de su creación— hasta su fallecimiento en 1966; el impacto de la política económica autárquica y la posterior apertura; la vinculación entre la investigación universitaria y la industria farmacéutica nacional; la consolidación de la carrera profesional en el CSIC o la renovación de la política investigadora y de la educación superior de la mano de la reforma impulsada por José Luis Villar Palasí a finales de los sesenta y comienzos de los setenta.

El resultado de esta mirada es un acercamiento coral a las biografías y trayectorias profesionales de una parte sustancial de esas elites investigadoras y una reconstrucción de los avatares de ciertos grupos de trabajo que permitieron la institucionalización de la neurofisiología —una vez cercenado el legado cajaliano—, la bioquímica y la biología molecular en los institutos del CSIC y en los departamentos universitarios españoles. Un acercamiento que se beneficia del recurso sistemático a algunas colecciones documentales como los expedientes académicos y los de depuración conservados en el Archivo General de la Administración, del acceso a importantes archivos personales como los de Antonio Gallego, Alberto Sols, o del propio Severo Ochoa y de una importante red de contactos con algunos de los protagonistas.

El énfasis en la hipótesis internacionalista como referente modernizador y promotor de la cultura de la experimentación que permitió superar los obstáculos locales, acaba convirtiendo a las sucesivas elites de investigadores en protagonistas y agentes únicos de la acción «modernizadora». Aunque

la autora presta atención a la creciente influencia política ejercida por este colectivo, el texto no relaciona su participación en las redes político-científicas con los usos políticos ni los variables usos culturales otorgados a la ciencia en la España del franquismo. Es precisamente en el terreno de la interpretación cultural y política donde emerge con mayor nitidez el carácter negociado de las prácticas y estrategias profesionales y estatales que permiten el desarrollo e institucionalización de las disciplinas científicas contemporáneas. Prescindir de estas variables explicativas puede, por el contrario, facilitar interpretaciones deterministas de dichos procesos. El libro acusa, por último, cierta premura en su edición. El estilo expositivo no siempre resulta claro y el texto está salpicado de errores tipográficos y abundantes erratas bibliográficas. Además de una revisión serena, el texto se habría beneficiado de la inclusión de un índice onomástico, que hubiera añadido valor a la importante empresa prosopográfica realizada por la autora.

ALFREDO MENÉNDEZ NAVARRO  
Universidad de Granada

Frederic L. HOLMES. *Meselson, Stahl, and the replication of DNA*, New Haven, Yale University Press, 2001, 503 pp. ISBN: 0-300-08540-0 [45\$].

El pasado 27 de marzo falleció en New Haven (EE.UU.) el historiador Frederic Lawrence Holmes (1932-2003) que desempeñaba la cátedra de historia de la medicina de la Universidad de Yale. El libro que ahora reseñamos es un ejemplo más de lo que fue el principal tema de investigación del autor: el análisis de la «estructura fina» de la creatividad científica. Su interés por el tema se remonta a sus años de formación con Henry Guerlac, cuando este historiador norteamericano inició sus investigaciones sobre los cuadernos del laboratorio de Lavoisier que desembocaron en su famoso libro acerca del «año crucial» (1772) del químico francés. Holmes realizó sus primeros trabajos sobre la teoría de afinidades de Bérthollet y luego dirigió su atención al que sería el primero de sus *case-studies*: los trabajos de Claude Bernard sobre el concepto de medio interno y sus investigaciones sobre la digestión y la nutrición, las cuales pudo reconstruir gracias a los cuadernos de laboratorio conservados en el Collège de France que, a finales de los años sesenta, estaban siendo catalogados y estudiados por otro importante historiador, también recientemente fallecido, Mirko Grmek. En su libro, aparecido en 1974, *Claude Bernard and Animal Chemistry*, Holmes señalaba que su principal objetivo había sido estudiar los cuadernos de laboratorio realizados entre

1842 y 1848 para obtener una reconstrucción de la investigación que difería sustancialmente de la «versión idealizada que [Claude Bernard] realizó en su Introducción a la Medicina Experimental». Esta ha sido otra de las cuestiones de la agenda investigadora de Holmes: las diferentes imágenes de una investigación científica que se desprenden de las publicaciones impresas (libros, artículos, memorias académicas) y de las fuentes «privadas» (cuadernos de laboratorio, correspondencia, etc.). La reflexión acerca de las fuentes y de los límites de la investigación histórica se encuentra presente en muchos pasajes de sus obras dedicadas a Claude Bernard, Antoine Lavoisier y Hans Krebs. En este último caso, al igual que en el libro analizado, Holmes pudo contar con las ventajas (y las dificultades) que ofrece la historia oral, gracias a varias entrevistas que realizó personalmente al célebre bioquímico. De este modo, Holmes ha podido escribir la microhistoria de varias investigaciones científicas en áreas relacionadas con su formación inicial antes de iniciar su carrera de historiador: la química y la biología.

Gracias a estos trabajos, Holmes ha participado en los debates que han dividido a los historiadores de la ciencia de las últimas décadas con una perspectiva original, difícilmente clasificable bajo las etiquetas al uso en esos años. En un artículo de 1992, ponía en cuestión algunas de las conclusiones del famoso libro de Shapin y Schaffer sobre Robert Boyle (*Leviathan and the Air Pump*), a través del análisis crítico de las fuentes empleadas. En otro trabajo de esos años, titulado «Liebig and the construction of organic chemistry», ironizaba sobre el uso de algunas de las categorías historiográficas y mostraba que su aplicación al caso del químico alemán servía poco para aclarar algunas de las dudas que todavía rodean a este personaje y su obra. Todo ello le ha valido ser considerado como un crítico del socioconstructivismo y sus mordientes comentarios han sido empleados para atacar a esta corriente historiográfica aunque, por lo general, en debates más o menos estériles que en poco han contribuido a dar a conocer su obra. Pero el trabajo de Holmes también ha sido valorado negativamente por parte de aquéllos que afirman pretender salvaguardar el valor de la ciencia frente a críticos posmodernos y relativistas. El interés de Holmes por las diferencias entre las versiones privadas y públicas de una investigación científica le han supuesto descalificaciones y acusaciones semejantes a las que recibió su colega Gerald Geison cuando desveló algunas páginas de los cuadernos de laboratorio de Pasteur, donde se mostraban prácticas que se alejaban bastante de la imagen idealizada del genio científico. Holmes ha señalado en repetidas ocasiones que su objetivo no ha sido nunca buscar comportamientos deshonestos ni presuntos fraudes, sino entender mejor la «empresa investigadora» que constituye la ciencia. Sus incursiones en la estructura fina de la investigación de famosos científicos

ofrecen resultados que difícilmente se amoldan a las imágenes previas acerca de qué es —o qué debe ser— la ciencia. En un artículo de 1990, Holmes urgía a superar las posturas simplificadoras que reducen el conocimiento científico bien a un progresivo descubrimiento de las leyes de la naturaleza o bien a una mera construcción social. Su paciente y densa reconstrucción de varias trayectorias de investigación científica ofrece ejemplos desde casos en los que la naturaleza fue «maleable» a los objetivos del científico, hasta otros en los que el investigador se vio frustrado por la «pertinaz y recalcitrante resistencia» —afirmaba Holmes— de los fenómenos estudiados.

Es evidente que la aproximación defendida y desarrollada por Holmes no está exenta de problemas. Su fijación en cierto tipo de fuentes —los cuadernos de laboratorio— permite recuperar determinados aspectos de la actividad científica pero también deja de lado muchos otros. Difícilmente se pueden recrear a través de estas fuentes la labor colectiva de las comunidades científicas, sus redes de contacto y transmisión de información, sus instituciones públicas o sus relaciones con el poder político, económico o militar. Por ello, a menudo se ha acusado a Holmes de sólo prestar atención a lo que habitualmente se denominaba la «historia interna» de la ciencia, el desarrollo histórico de los conceptos científicos sin tener en cuenta el soporte material, social y económico sobre el que se sustenta. En un libro publicado conjuntamente con William Coleman en 1988, Holmes afirmaba que en el centro de su atención se encontraban «los razonamientos, la observación, la experimentación» asociados con la actividad científica, pero reconocía que estas prácticas sólo podían darse si se garantizaban una serie de condiciones: acceso a bibliotecas y laboratorios, trabajo en equipo, actividad educativa, aplicaciones tecnológicas, etc.» Holmes criticaba la tendencia de los historiadores de la ciencia a tratar separadamente estos elementos bajo la contraposición de «factores internos y externos» o mediante la repetida fórmula «la ciencia y su contexto». Con el título elegido para este libro —*The investigative enterprise*— que también empleó en otras obras posteriores, Holmes pretendía superar estas barreras artificiales y ofrecer una visión completa de la actividad científica:

«The investigative enterprise may, of course, be traced along the fine scale of the single scientist engaged in his or her day-by-day thoughts and operations; yet it extends, too, throughout the network of cognitive, operational, organizational, social, and cultural strands stretching from each investigator to larger or smaller groups of individuals active in or beyond the domain of study in which he or she works. Designing each day's research plan is obviously intrinsic to the investigative enterprise, and it is often a collective act. So, too,

is obtaining the support of those agencies that provide the material resources necessary to carry out such plans. For analytical purposes the network, or set of networks, may be dissected into sectors, as is done in the essays contained in this volume. Nonetheless we emphasize that the distinctions so easily drawn between, for example, research and pedagogy, professional and state interests, and scientific activity and institutional framework should be recognized as only heuristically useful categories. In the investigative enterprise these boundaries are commonly indistinct and frequently unreal» (1).

Este interés por afrontar en toda su complejidad las «empresas investigadoras» del pasado explica en parte por qué los trabajos de Holmes son poco conocidos en nuestro país. Ninguno de sus libros ha sido traducido al castellano, ni siquiera aquéllos con un propósito claramente divulgativo. Su obra resulta poco atractiva para los amantes de las celebraciones —léase el reciente cincuentenario de la doble hélice— o para la preparación de discursos académicos en los que resulta necesario un pequeño barniz histórico. Los trabajos de Holmes contienen pocos momentos «eureka» y escasos episodios heroicos que permitan ensalzar a los genios del pasado y transformar sus biografías en vidas ejemplares o en elementos justificativos de políticas científicas o culturales. Sus libros muestran a los científicos frente a problemas que, en ocasiones, no pueden resolver, muchas veces dubitativos ante sus investigaciones, con pasos adelante y retrocesos. Su análisis permite recuperar numerosos experimentos aparentemente irrelevantes, de los que los científicos no extrajeron ninguna conclusión válida, por lo que raramente fueron consignados en las publicaciones científicas. Holmes ha pretendido recuperar esta parte privada del trabajo científico sin renunciar a la correcta comprensión de las prácticas experimentales y los razonamientos que tienen lugar en el laboratorio. «Si pretendemos ofrecer —escribe Holmes en la introducción del libro reseñado— interpretaciones del desarrollo histórico de la ciencia que sean verdaderamente significativas, y no imposiciones de nuestros propios prejuicios, los historiadores de la ciencia debemos alcanzar, tanto como podamos, los niveles de pensamiento y acción de nuestros sujetos históricos». Ello supone un reto para quien hace historia que debe sumergirse en teorías y prácticas experimentales que generalmente presentan una gran complejidad conceptual. Este planteamiento comporta además la búsqueda de estrategias narrativas que permitan al lector disponer de las claves necesarias

---

(1) COLEMAN, W.; HOLMES, F.L. *The investigative enterprise: Experimental physiology in nineteenth-century medicine*, Berkeley and London, 1988, p. 2.

para comprender el problema y seguir el hilo argumental del libro, algo especialmente difícil en el caso de la historia de la ciencia del siglo XX, tal y como puede comprobarse con el libro reseñado. Resulta evidente que, desde que iniciara este proyecto a finales de los años ochenta, todas estas dificultades han supuesto un enorme esfuerzo para Holmes, tanto en la obtención y análisis de las fuentes como en la redacción y publicación del mismo que ha sido retrasada varios años debido a problemas editoriales.

El objetivo del libro es el análisis del experimento realizado en 1957 por dos jóvenes científicos (Meselson, Stahl), que permitió mostrar que dos filamentos de una doble hélice de ADN podían separarse sin romperse y, de este modo, confirmar que el ADN seguía el modo de replicación previsto por el modelo propuesto por Watson y Crick. Siguiendo un orden cronológico, Holmes comienza con el estudio del problema de la replicación del ADN en los años cincuenta, continúa con el programa de investigación desarrollado por Meselson y Stahl en 1956 hasta la realización del experimento y finaliza con un análisis del papel de este experimento en el desarrollo de la biología molecular. En primer lugar, Holmes estudia los debates entre James Watson y Max Delbrück acerca del mecanismo de reproducción del ADN, mediante varias fuentes entre las que figuran entrevistas realizadas por él mismo a Watson en marzo de 1990. El segundo capítulo está dedicado a presentar a los dos protagonistas del libro, Matthew Meselson y Franklin W. Stahl, a través de su formación científica inicial y de las circunstancias personales que les condujeron a colaborar en 1956. Holmes dedica los siguientes apartados a presentar los diferentes instrumentos y técnicas experimentales relacionadas con el problema, con particular atención a los métodos de centrifugación empleados en los años cincuenta que fueron decisivos en el desarrollo del experimento.

Sin lugar a dudas, el capítulo más sorprendente es el noveno, donde Holmes presenta tres posibles reconstrucciones del experimento Meselson-Stahl (*One discovery, three Stories*). La primera versión está basada en el testimonio ofrecido por Meselson en las entrevistas realizadas con el autor en 1987. Según estas entrevistas, Meselson fue el «descubridor» casual del modo de replicación del ADN, puesto que afirmó haber encontrado las tres bandas de ADN que eran la clave para entender el proceso. Sin embargo, cuando algunos años después, Meselson pudo tener a su disposición los cuadernos del laboratorio y las películas originales del experimento, fue incapaz de localizar la mencionada imagen con tres bandas de ADN. «Cuando la memoria del científico —señala Holmes— se enfrenta a los documentos contemporáneos, los historiadores generalmente descartan la primera en favor de los segundos».

Siguiendo este precepto, Holmes construye la segunda versión que tampoco le parece satisfactoria porque los registros del laboratorio son incompletos y las etiquetas y los documentos no tienen un significado unívoco que permita seguir con claridad el experimento. Por ello, Holmes propone una tercera reconstrucción con elementos de la primera y la segunda, adecuadamente seleccionados según una narración coherente y verosímil de acuerdo con sus propios criterios. Sería absurdo considerar esta tercera descripción como más artificiosa que las anteriores, recuerda Holmes. Ninguna de las tres narraciones es independiente del historiador y de su conocimiento del tema: todas ellas, incluso la primera, son «el producto de una larga y activa colaboración entre los científicos y el historiador» y dependen no sólo del conocimiento que el científico tiene de la situación experimental, sino también de la experiencia del historiador en la elaboración de escritos basados en pruebas de diversa fiabilidad, tanto procedentes de fuentes orales como impresas o manuscritas (2).

El siguiente capítulo está dedicado a las posteriores repeticiones del experimento realizadas por Meselson y Stahl y las primeras reacciones frente a él de Debrück, Watson, Pauling, y otros autores, y la publicación del artículo en los *Proceedings of the National Academy of Sciences*. El artículo siguió la estructura introducción-métodos-experimentos-discusión que era habitual en los trabajos científicos de esos años, por lo que, de modo inevitable, dejó fuera las diferentes tentativas, los errores y los fracasos previos, los cambios de método de centrifugación o los momentos personales relacionados con el descubrimiento, temas que sólo han podido ser rescatados con la ayuda de otras fuentes. Este capítulo se cierra con una interesante entrevista entre los dos científicos y el historiador acerca del experimento, la presentación del mismo y sus consecuencias.

En los capítulos finales, Holmes analiza cómo este experimento se transformó en un hito de la biología molecular. Resulta particularmente interesante el apartado dedicado a «las imágenes del experimento», donde se describen las diferentes formas que adoptó el experimento de Meselson-Stahl en los libros de texto de bioquímica. Holmes investiga también su presencia en las clases como experiencia didáctica. La carestía de la ultracentrifugadora utilizada

---

(2) Una discusión de esta cuestión, realizada antes de la redacción definitiva del capítulo, junto con otros ejemplos tomados de su estudio de la obra de Krebs, pueden leerse en su ponencia *Historians and contemporary scientific biography* que se encuentra disponible en <http://osulibrary.orst.edu/specialcollections/subpages/ahp/1995symposium/holmes.html>.

hizo imposible que este experimento se reprodujera realmente en las aulas pero fue un tema recurrente en las lecciones teóricas, donde se empleaba para mostrar tanto el mecanismo de la replicación como los rasgos ideales de la experimentación en biología molecular. El análisis de Holmes pretende, de este modo, mostrar los diferentes significados que puede cobrar un experimento científico, desde su realización hasta su publicación y su transformación en un supuesto momento crucial de la historia de una disciplina.

El libro recoge, por lo tanto, un nuevo caso de análisis fino de la estructura de la creatividad científica, dentro de las líneas de investigación histórica que hemos comentado brevemente al principio de esta reseña. Poco antes de su muerte, Holmes trabajaba sobre un nuevo caso relacionado con la biología molecular que será próximamente publicado por Yale University Press (*Between molecular biology and the classical gene: The pathway of Seymour Benzer into the rII Region*). También se ha anunciado la edición de su análisis comparado de todos estos casos particulares, que pretende ofrecer algunas conclusiones generales sobre los procesos de creatividad científica y otras cuestiones presentes en sus obras. La publicación de esta obra (*Investigative pathways: Patterns and stages in the careers of experimental scientists*), que fue discutida y revisada en un seminario realizado en su honor pocos meses antes de su muerte, servirá para conocer mejor la figura de este historiador que ha abierto nuevas vías en el análisis histórico de las prácticas científicas.

JOSÉ RAMÓN BERTOMEU SÁNCHEZ  
Universitat de València